

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

https://archive.org/details/estudios1011unse_1

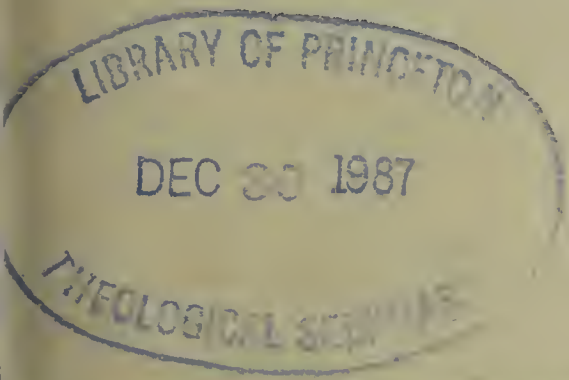
LM

ESTUDIOS

"DEMOCRACIA NACIFICADA. — "NUESTRA JUSTA NEUTRALIDAD". — "CIUDADANOS DE CHILE Y CIUDADANOS DEL MUNDO" (NOTAS EDITORIALES).

EDUARDO LEON BOURGEOIS: "POR LA PAZ". — JAMES GILLIS: "VICTORIA, ¿Y DESPUES?" — MONS. OSCAR LARSON: "NOTAS DE UN VIAJE POR ESTADOS UNIDOS". — LOS LIBROS".

EDUARDO ANGUITA: "EL VERDADERO ROSTRO" (POESIA). — ROQUE ESTEBAN SCARPA: "EL TIEMPO" (POEMA DRAMÁTICO). — CRISTAL DE LIBRERIA.



116

ESTUDIOS
Mensuario de Cultura General

Director:
JAIME EYZAGUIRRE
Casilla 13370
Santiago de Chile

SUSCRIPCION ANUAL EN EL PAIS	\$ 55.—
” ” ” ” EXTRANJERO	Dólares 2.—
NUMERO SUELTO	\$ 5.—
” ATRASADO	5.60

ADMINISTRACION
HUERFANOS 972, OFICINA 501 — TELEFONO 67189
SANTIAGO DE CHILE

AÑO X — N.º 116

SEPTIEMBRE DE 1942

A LA HORA DE ONCE

ENCONTRARA UD. UN AMBIENTE TRANQUILO Y
AGRADABLE EN

“LA NOVIA”

HUERFANOS ESQ. DE AHUMADA

“EL IMPARCIAL”

DIARIO DE LA TARDE

Las mejores informaciones.

No explota la crónica roja.

Departamento de Propaganda en San Diego 67.

INDICE

POLITICA

Pág.

"DEMOCRACIA NACIFICADA"	4
"NUESTRA JUSTA NEUTRALIDAD"	9
"CIUDADANOS DE CHILE Y CIUDADANOS DEL MUNDO"	14
"POR LA PAZ" , por Eduardo León Bourgeois	18
"VICTORIA, ¿Y DESPUES?" , por James Gillis	25
"NOTAS DE UN VIAJE POR ESTADOS UNIDOS" , por Monseñor Oscar Larson	38
LOS LIBROS: "La concepción materialista de la Historia", por Karl Federn, pág. 41.	

LETRAS Y ARTE

"EL VERDADERO ROSTRO" . Poema de Eduardo Anguita	44
"EL TIEMPO" . Poema dramático de Roque Esteban Scarpa	53
CRISTAL DE LIBRERIA: "La escuela viva", por Olga Cossetini, pág. 45. — "Antología del cuento peruano", por Armando Bazán", pág. 45. — "Mapu", por Mariano Latorre, pág. 46. — "La marcha de los cien", por Manuel Komroff, pág. 47. — "Los poemas de Edgard Poe", pág. 48. — "Los irresponsables", por Archibald Mac Leish, pág. 49. — "Ganivet, el hombre y la obra", por Antonio Espina, pág. 50. — "Antología" de Rafael Alberto Arrieta, pág. 52. — "La Samaritana", por Bernardo Cruz, pág. 51. — "Historia de la Filosofía", por Alfredo Fouillee, pág. 52.	

SEPTIEMBRE DE 1942



NOVEDADES EN LIBROS

¡ADIOS, MR. CHIPS!, por James Hilton. Una linda novela, que ha sido llevada al cinema en una bella creación de Robert Donat. La vida en una ciudad universitaria inglesa, en torno a la figura de un sencillo y excelente profesor. Preciosa edición:— \$ 15.—

- LOS CIEN AÑOS**, por Philip Guedalla.—Animada síntesis anecdótica y vivaz de la historia europea, desde la subida al trono de Victoria de Inglaterra, hasta las revoluciones fascista y comunista \$ 40.—
- LA INTRUSA**, por Henri Bordeaux.—Una novela que ha alcanzado larga fama, en una nueva y correcta edición 12.—
- LECTURAS MODERNAS ESPAÑOLAS**, por Roque Esteban Scarpa.—Un volumen que reúne lo esencial en la producción literaria hispana de nuestros tiempos. Desde Bécquer a García Lorca. Desde Pereda hasta Gabriel Miró. Desde Menéndez Pelayo hasta Ortega y Gasset 30.—
(Empastada: \$ 40.—)

OTROS LIBROS QUE USTED DEBE LEER:

- EL HOMBRE, UN DESCONOCIDO**, por el Dr. Alexis Carrel \$ 6.—
- EL CRITERIO**, por Jaime Balmes 5.—
- ANTOLOGIA**, de Gabriela Mistral 20.—
- POESIA DEL AMOR ESPAÑOL**, por Roque Esteban Scarpa 30.—
(Edición de lujo, empastada) 50.—
- LA FILOSOFIA**, por Jaime Balmes 5.—
- FRANCO**, por Joaquín Arrarás 10.—
- ANTOLOGIA POETICA**, de Juana de Ibarbouro (Empastada: \$ 20) Rústica 10.—
- GRAVE PROBLEMA CONYUGAL**, por A. de Orsaz 8.—

A LA VENTA EN LAS MEJORES LIBRERIAS

PARA CHILE, REMITIMOS CONTRA REEMBOLSO, SIN GASTOS DE FRANQUEO PARA EL PORTADOR.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

CASILLA 84-D

SANTIAGO DE CHILE

Política

"DEMOCRACIA NACIFICADA".

"Ya sabemos que no se pide de nosotros la mano abierta de un pueblo libre sino las espaldas curvas de una nación de siervos".

"NUESTRA JUSTA NEUTRALIDAD".

"Como católicos y como chilenos sólo nos cabe una actitud: vigilante neutralidad, unida a energía y serenidad para resolver cualquier problema que se presente".

"CIUDADANOS DE CHILE Y CIUDADANOS DEL MUNDO".

"Chile se define como nación con el heroico mantenimiento de su paz".

"POR LA PAZ", por Eduardo León Bourgeois, Pbro.

"Chile debe arrastrar a América en su ofensiva por la paz".

"VICTORIA, ¿Y DESPUES?", por James Gillis.

La guerra no se justifica sino por el deseo de lograr con ella una paz justa. ¿Y estamos en condición de esperarla con el concurso de los comunistas?

"NOTAS DE UN VIAJE POR ESTADOS UNIDOS", por Monseñor Oscar Larson.

El Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica de Chile relata algunas impresiones de su tránsito por los países sud-americanos y de la reunión del Seminario Interamericano de Estudios Sociales celebrada en Estados Unidos.

LOS LIBROS:

"La concepción materialista de la historia", por Karl Federn.

DEMOCRACIA NACIFICADA

Estamos acostumbrados a dirigirnos a los hombres libres, a los que se esfuerzan en conservar la racionalidad en los momentos en que la irracionalidad se come al universo; a los que no dividen a los hombres en dos grupos irreconciliables: los "buenos" y los "malos"; a los que creen que la verdad no es patrimonio exclusivo de un bando, de una raza o de una clase, o algo que se muda y cambia al amparo de las conveniencias, sino un valor trascendente que las variaciones del tiempo no socavan en su virtualidad ni modifican en su esencia. Pedimos por eso mismo amigablemente a los que "han tomado una posición", que no pierdan el tiempo leyéndonos y que sigan operando con su automatismo y consigna de clan, que les evitará cómodamente el penoso trabajo de pensar y de determinarse a sí mismos. Mientras tanto nosotros, los que anteayer éramos "comunistas", porque luchamos por la justicia social aherrrojada, los que ayer fuimos "judíos" porque combatimos el racismo negador de la igualdad esencial del hombre, estamos hoy resignados a pasar por "quinta columna" antes que inclinarnos a aplaudir la incondicional entrega de nuestra soberanía e independencia nacionales. Dura y sin compensaciones humanas es la tarea de los hombres libres y por eso los hay pocos. Mas, cuando no se buscan compensaciones materiales y sólo se aprecia el valor supremo de la verdad, el desaliento no horada la acción y el juicio temerario de las mentes suspicaces y torcidas rebota ineficaz sin lograr introducir su dardo venenoso.

Hace unos meses, caminando como lo hemos hecho durante once años por esta línea de franqueza y libertad, nos permitimos desconfiar de la nueva etiqueta de "buen vecino" con que los Estados Unidos procuraban sonrientes y zalameros congraciarse la voluntad de las naciones hispano-americanas. Estaban aún demasiado frescos los ejemplos del imperialismo atropellador para que de buenas a primera nos tragáramos la sinceridad de este súbito y diametral cambio de frente. Moro viejo no

puede ser buen cristiano, pensamos más de una vez, y prevenimos desde estas columnas a los lectores para que no se dejaran cazar como pobres liebres en las redes de la propaganda y de la fraseología barata. Hemos dicho y repetimos que esta guerra del Pacífico poco o nada tiene de ideológica; que no es más que el choque de dos apetitos voraces en su carrera expansionista cargada de inescrupulosidad; que ella ha nacido a muchas leguas del continente, en tierras extrañas donde los conquistadores se han encontrado disputándose la presa; y que, en fin, a Ibero-América no le cabe allí ninguna participación e interés. Pero tenemos que constatar pesarosos que el destino ha querido en esta ocasión para los hispano-americanos el papel de comparsas, porque han apostatado de su tradición cultural, porque no han sido capaces de afrontar aún la independencia económica y porque la venalidad y el servilismo, que andan botados por estas tierras, labran para el extraño las mejores cadenas con qué esclavizarlas. Toda nuestra aspiración es que nuestra patria se libre en lo posible de tan triste estado y por eso deseamos que se mantenga lo más alejada que pueda del conflicto, tanto porque ella no lo ha provocado como porque hasta la fecha no ha sido lesionada en ninguno de sus derechos esenciales por los beligerantes. Creemos que la guerra es el último y supremo de los recursos a que deba echarse mano, y no puede arrastrarse a ella impensadamente a un pueblo por motivos que le son extraños, menos todavía en circunstancias de encontrarse fálto de medios para afrontarla con la mínima probabilidad de éxito. Hacerlo equivaldría a cometer la mayor de las traiciones e ignominias pues moralmente significaría lanzar al país a una guerra injusta y estratégicamente arrastrarlo a una carnicería segura e ineficaz. Nuestro gobierno ha pesado y medido estas razones y por eso conserva relaciones diplomáticas con todas las naciones en lucha, lo que no le ha impedido llenar sus deberes de particular amistad y simpatía con los países del continente que se han visto envueltos en la conflagración y otorgar a los mismos el carácter de no beligerantes con las consiguientes extraordinarias franquicias y ventajas. Esto resulta tanto más digno de consideración cuanto que los Estados Unidos, los más directos benefi-

ciarios de esta medida, jamás concedieron a Chile ni a otro país del continente un trato semejante cuando estos fueron agredidos por una potencia extraña. Recuérdese la actitud anti-americana de la cancillería de Washington cuando España en 1865 ocupó las islas Chinchas del Perú y bombardeó el puerto indefenso de Valparaíso; téngase asimismo presente la pasividad del coloso del norte cuando Inglaterra atacó a Venezuela, cuando se apoderó de Bélize y cuando arrebató a Argentina su legítima soberanía en las islas Malvinas; y sáquese por conclusión que para los Estados Unidos existe solidaridad continental sólo en el caso de ser ellos los favorecidos.

Pero todavía hay más. Basta no estar ciego y tuppido de mente para comprender que nuestra posición de no beligerante es positivamente ventajosa para los Estados Unidos, que pueden usar libremente de las costas de Chile, que pueden extraer de su territorio sin peligro todos los minerales necesarios para la industria de guerra, y que permite a los comerciantes de ese país continuar realizando en barcos chilenos el despacho de sus mercaderías para el Pacífico sur, sin la consiguiente alteración del rumbo de sus negocios. Hoy días los E. E. U. U. necesitan 2.500,000 toneladas de cobre al año y sólo cuentan con la mitad de esta cifra. Tienen 700,000 toneladas propias, reciben 500,000 de Chile y 50,000 del Perú. Piénsese en la imposibilidad de realizar nuestro envío, elimínense todos los beneficios anteriormente indicados y agréguese a ello el ataque y destrucción de los puertos de Chile, el hundimiento de toda su marina mercante, la paralización de las industrias nacionales por falta de maquinarias y materias primas y la consiguiente cesantía y hambruna de la población, y se tendrá todavía un pálido cuadro de los inevitables resultados que en el orden material traerá al país y a los propios Estados Unidos un cambio de nuestra política. Y no tenemos que forzar la imaginación para pintar este cuadro, pues ya lo vemos realizado en los países hermanos de la costa del Atlántico que cargan sin la menor compensación con las consecuencias de la ruptura. Mientras tanto la actitud de Chile ha permitido la libre navegación del Pacífico de Panamá al sur, sin que hasta la fecha se registre en esta inmensa zona un solo hundi-

miento de barco; y ha librado de la posible destrucción, no sólo las plantas norte-americanas de salitre y cobre, aquí radicadas, sino también la importantísima estación petrolera de Talara, que el Japón, según expresa notificación, no ha bombardeado por respeto a la neutralidad de Chile. Esto, y no fraseología hueca, es lo que podemos exhibir honradamente como muestra de solidaridad continental. Creemos que por ello se nos debe una efectiva gratitud, sobre todo por aquellos pueblos que en circunstancias análogas nada hicieron de semejante en favor nuestro, y que ahora no podrían presionarnos moralmente con el argumento de la reciprocidad. Nuestra actitud de hoy no envuelve por otra parte sino el seguimiento de una vieja línea. Chile ha sido el Quijote de la América del Sur. Fué él quien organizó en 1821, con inmensos sacrificios y a su entera costa, la expedición libertadora del Perú; fué él quien promovió en 1855 la acción de las cancillerías para obligar a los Estados Unidos a devolver al Ecuador las islas Galápagos de que se había apropiado —como hoy nuevamente— a pretexto de protección; fué él, en fin, quien sacó la cara en 1865 por el Perú en el conflicto con España y hubo de sufrir solo y abandonado las consecuencias de su noble gesto. Tenemos pues derecho a hablar de solidaridad continental y a que cuando usamos estos términos se crea y respete nuestra palabra.

Pero un Sub-Secretario yankee, Sumner Welles, se ha creído autorizado para lanzarnos al rostro la acusación de deslealtad con las naciones hermanas, exhibirnos como no cumplidores de compromisos de defensa continental y cargar a nuestra cuenta los hundimientos de barcos que han debido sufrir los países americanos en guerra en las aguas del Atlántico. Apenas se puede concebir un cúmulo de aseveraciones más falsas e insólitas y el Canciller Barros Jarpa supo a tiempo salvar con dignidad y altivez el honor nacional atropellado. La política del "buen vecino" se ha revelado aquí digna continuadora del imperialismo monroista que se nos decía ya fenecido. Porque no hay sólo ofensa y engaño en las palabras de Sumner Welles al atribuirnos incumplimiento de acuerdos de ruptura que no hemos contraído; ni sólo el propósito de malquistarnos con nues-

tros hermanos de sangre y cultura. Su aptitud importa una arremetida de clara estirpe totalitaria, que como país democrático no estamos en condición de aceptar. Welles como Hitler, no parece creer que el mantenimiento o supresión de las relaciones diplomáticas pertenece a los atributos inherentes e intangibles de la soberanía de un Estado y que toda coacción que se ejerza sobre éste para que cambie de actitud importa una violación de su libertad e independencia. Sumner Welles denuncia al Gobierno de Chile porque permite —son sus palabras— “que su territorio sea utilizado por agentes subversivos del Eje para realizar actividades hostiles contra sus vecinos”. ¿Y qué otro argumento sino éste fué el que blandió Hitler para violar la neutralidad de Bélgica, Holanda y Noruega?

Obras son amores y no buenas razones. Si los Estados Unidos quieren desplegar la bandera de la democracia con algún crédito de nuestra parte, es preciso que comiencen dando ejemplo de respeto a la soberanía de las naciones hispano-americanas. Jamás los Estados Unidos han tenido una oportunidad más adecuada para vindicarse de su estigma de imperialistas que la que le ha brindado la aversión del Nuevo mundo a las doctrinas totalitarias de una Europa en descomposición. Pero no han sabido valerse con inteligencia de esta oportuna coyuntura. Hoy como ayer han mostrado un desdén muy racista, una incomprensión muy sajona, hacia la cultura hispano-americana, y han creído que sólo pueden ser sus amigos los que apostatan de la vieja tradición indio-española y adoptan simiescos y presurosos los modales y costumbres de la Unión; los que no analizan ni discuten sus exigencias, sino que las acatan con callada sumisión y servilismo. Las presiones que con el apoyo de elementos apatridos se han realizado hasta obtener la caída del Canciller Barros, símbolo del honor y de la independencia de Chile, son un exponente claro de los métodos de la democracia nacificada. Ante ellos ya sabemos que no se pide de nosotros la mano abierta de un pueblo libre sino las espaldas curvas de una nación de siervos. Y toca a la nueva generación decidir si cabe para el nombre de chileno soportar esta actitud.

NUESTRA JUSTA NEUTRALIDAD

La guerra sólo puede ser empleada lícitamente en las disputas internacionales como el último medio en resguardo de derechos lesionados. De ahí que para su legitimidad requiera la existencia de una causa justa, grave y proporcionada a los males que el uso de la fuerza entraña, que hayan sido agotados infructuosamente todos los medios de resolver pacíficamente el conflicto, y, por último, que se emprenda con recta intención y con serias probabilidades de éxito.

La causa justa debe consistir en derechos conculcados, o sea, en elementos de orden temporal que digan relación con los estados. De ahí que jamás pueda pretenderse justificar una guerra alegando la defensa de valores sobre-naturales, pues éstos no confieren derechos susceptibles de amparo por la violencia. Pedro incurrió en Getsemaní en tan lamentable confusión y muy pronto fué castigado al sucumbir en la tentación de negar a Cristo, esto es, al desconocer precisamente los mismos valores sobre-naturales que había querido defender con la espada. En otros términos, la guerra nunca puede ser santa; será sólo justa o injusta según que se cumpla o no por los estados con los requisitos de licitud. Será necesario tener presente en todo caso que, "por los males que desencadena sobre los territorios que azota, por los trastornos que causa en las relaciones internacionales, por el salto atrás que inevitablemente hace dar a la moralidad y a la civilización, la guerra es siempre una espantosa calamidad". (C. de Moral Intern., art. 138).

A la luz de los principios indicados no puede haber la más mínima duda sobre cuál ha de ser la actitud de nuestra Patria ante el conflicto actual. Sin causa alguna de guerra —pues no hemos sido lesionados gravemente en ningún derecho— sin posibilidades de influir con nuestra beligerancia en los resultados de la lucha, y dado el hecho de que hoy día el rompimiento de relaciones implica estado de guerra, sólo nos cabe observar, como hasta aquí lo hemos hecho, una vigilante neutralidad.

El análisis de las pretendidas razones que se dan en apoyo de la opinión contraria refuerza aún más dicha conclusión. En efecto:

1.º Hay quienes sostienen que debemos entrar en la guerra en favor de los Estados Unidos, pues el bando aliado defiende los valores cristianos. Parece innecesario referirse a semejante manera de pensar. Los valores sobrenaturales del cristianismo no pueden ser defendidos con las armas. Por lo demás, no es posible pretender que los principios y sistemas del régimen liberal y del soviético sean bautizados de cristianos. Y aun en el supuesto de ser justa la guerra por parte de los aliados, ello no sería razón suficiente para motivar nuestra intervención mientras no se cumpliera, también a nuestro respecto, todos los requisitos de la guerra justa.

2.º La opinión de más apariencias que se da en favor de nuestra entrada a la guerra al lado de los Estados Unidos es una supuesta necesidad comercial. Los contrarios a la neutralidad creen ver en nuestra actitud el peligro de un estrangulamiento económico. Semejante argumento es inaceptable, tanto por el erróneo principio que encierra como por la inexactitud con que aprecia los hechos.

El argumento económico implica un absoluto desprecio por los valores espirituales. Identifica la conveniencia de una nación únicamente con las ventajas materiales que pueda reportar de sus actitudes, lo que es inaceptable. La dignidad de país independiente y el respeto a la justicia podrán a primera vista no significar materias primas ni dinero, pero en último término, al igual que en la vida de los individuos, esos elementos espirituales serán los factores determinantes en el desarrollo de nuestra nación. La política debe ser objetiva y tomar en cuenta los factores materiales, pero no le está permitido trastocar los valores y poner en venta lo que constituye la mayor riqueza de un pueblo: su acervo moral y espiritual. Hay quienes demasiado imbuídos de materialismo marxista, miran con desprecio al clásico hidalgo español que pasea su dignidad —y su hambre— orgullosamente envuelto en su capa. Y sin embargo, ha sido ese mismo hidalgo

quien ha escrito, a través de la historia de España, las páginas más brillantes y gloriosas.

Tampoco la moral acepta justificar una guerra por razones económicas.

Dice el Código de Moral Internacional en su art. 53: "La razón de estado, por la cual se entiende ordinariamente el interés o la necesidad, no excusa tampoco una guerra con violación del derecho. Anteponer el interés al derecho equivaldría a confundir lo útil y lo justo, negar la justicia y conmover la base misma sobre que reposa todo el orden de las sociedades humanas. La necesidad no constituye una excusa más validera; un estado sólo tiene fundamento para invocarla cuando se confunde con su derecho a la existencia y suministra por lo mismo una causa justa de guerra".

¡Nadie podrá pretender, seriamente, que por culpa de los países del Eje nos encontremos en este último caso! Por el contrario, las ventajas de la actual situación de libre comercio, permitido aún en materias de contrabando bélico, nuestra situación geográfica, la falta de medios adecuados de defensa, la importancia militar de nuestras industrias mineras y las serias dudas sobre el resultado final de la contienda son razones más que sobradas que aconsejan, también desde el punto de vista de la conveniencia económica, mantener la neutralidad.

A la misma conclusión se llega si se considera la cuestión económica desde un punto de vista más general. La guerra, que ha tomado el carácter de lucha entre continentes, puede ser aún de larga duración. Nuestra entrada al conflicto al lado de los Estados Unidos traería, como forzosa consecuencia, el aislamiento, no sólo de facto sino que también de iure, con Europa y Asia por todo el tiempo que Norte-América permanezca en estado de guerra. Esto, y el dominio económico absoluto por parte de nuestro poderoso vecino del norte, son una misma cosa. Lo decimos sin animadversión alguna a la nación norteamericana. La falta de fe cristiana en los pueblos ha convertido la política, principalmente la internacional, en una cruel lucha económica en la que cada cual trata de hacerse en la mejor forma posible con lo que necesita o cree necesitar. Darse cuenta de esta triste

realidad es la primera condición para comprender los fenómenos humanos que actualmente nos agitan. Los medios que se empleen podrán ser diferentes y ocultarse bajo bellas apariencias, pero en el fondo siempre será una misma la finalidad perseguida. No verlo es imperdonable ingenuidad.

3.º Por último, algunos aducen como razón para romper nuestra neutralidad los principios de la llamada "solidaridad continental" y los compromisos contraídos en las más recientes conferencias pan-americanas.

En cuanto a lo primero, habrá que esperar que se defina, en los hechos, el verdadero contenido de la "solidaridad continental". No faltan motivos por el momento para creer que se trata de un nuevo nombre dado a la vieja política conocida bajo la impropia denominación de "doctrina Monroe", tan crudamente definida por el Presidente Teodoro Roosevelt en sus famosas frases: "Desde la época en que extendimos definitivamente nuestras fronteras por el occidente hasta el Pacífico y por el sur hasta el golfo de Méjico, desde la época en que las antiguas colonias españolas y portuguesas del sur afirmaron su independencia, nuestra nación ha insistido constantemente en esto: que por razón de su fuerza superior entre las naciones del hemisferio occidental tiene ciertos derechos y responsabilidades que la obligan a tomar parte principal en este hemisferio."

"Hay un proverbio que dice: con buenas palabras y un buen garrote se va lejos. Si la nación americana habla suavemente, pero al mismo tiempo constituye y mantiene con la mayor disciplina una marina completamente preparada para hacer frente a todos los acontecimientos, la Doctrina de Monroe irá lejos". Sugestivas declaraciones puestas de actualidad por las últimas incidencias diplomáticas y presiones económicas!

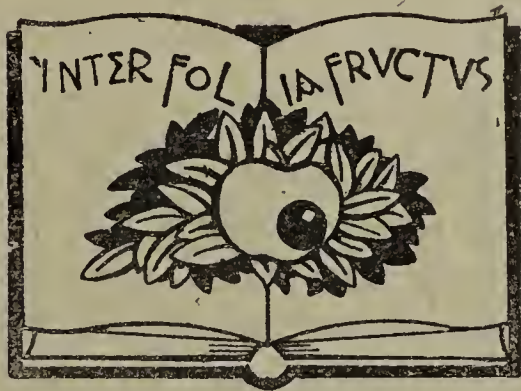
La solidaridad continental debe llegar a ser una realidad, pero sobre la base de un mutuo respeto e independencia. Y de ningún modo podrá forzarnos a cometer actos injustos, como sería el rompimiento con naciones que en nada nos han ofendido ni dañado.

En cuanto a las convenciones internacionales, ninguna de ellas nos obliga a romper la neutralidad.

En todo caso, con nuestro comercio y desarrollo de las industrias extractivas estamos demostrando un espíritu de solidaridad hacia las demás naciones del continente mucho más real y efectivo que las históricas actitudes de quienes pretenden arrastrarnos a una situación que no se compadece ni con nuestra dignidad y tradición de nación soberana, ni con la justicia, ni con nuestros intereses.

En resumen, como católicos y como chilenos sólo nos cabe una actitud: vigilante neutralidad, unida a energía y serenidad para resolver cualquier problema que se presente, teniendo siempre en vista que la guerra es el peor azote para un pueblo, y que, en consecuencia, debemos tratar en lo posible de impedirla y demostrar con los hechos —no con simples palabras— que los cristianos somos los más fervorosos apóstoles de la paz.

P.



CIUDADANOS DE CHILE Y CIUDADANOS DEL MUNDO.

Algunos católicos chilenos de hoy se resisten a adoptar una posición cristiana consecuente, es decir, propia e inconfundible, ante el conflicto internacional de nuestros días, porque parecen olvidar de qué espíritu son. Algunos chilenos de hoy, que no saben entender la esencia de su patria, se resisten también a verla adoptar una posición consecuente, propia, es decir brotada de su libre determinación y conforme con su tradición y su destino. Unos y otros creen que la posición internacional de nuestro Gobierno, y sostenida hace tiempo en estas columnas, implica una política de egoísmo y encerramiento, que nos pone al margen de la historia de la humanidad y que, por tanto, niega el deber que tiene Chile de cooperar al bien de ésta.

El bien común de la humanidad es ahora el nuevo argumento de los que propician en Chile una ruptura de relaciones con los países del Eje.

Extraña ver que nuestros católicos siquiera discutan acerca de cuál es el bien temporal supremo de la humanidad y cuál la tarea concreta que ahora se exige de cada cristiano en orden a tal bien.

El supremo bien temporal para el cristiano es la paz. Ha sido definido claramente por la voz y la actitud del Papa. La Iglesia ora y trabaja por la paz. La actitud y la voz de nosotros sus fieles no puede ser otra que "un clamor alto, universal y persistente por la paz". El Excmo. señor Arzobispo de Santiago ha hecho suyo el deseo de la Iglesia al pedir que oremos por que Chile no entre en el presente conflicto.

La Iglesia no sólo pide pues que colaboremos por la paz, sino que en concreto impidamos la extensión de la guerra. Esta afirmación no puede ni siquiera discutirse por un católico: es una pauta recta y firme, nacida del mandamiento nuevo que Jesucristo vino a traer a la tierra.

El cristiano apóstol de la paz debe agotar todos su recursos para aliviar el dolor de su prójimo, pero no

puede entregarse a los elementos del mundo, so pretexto de ejercer la caridad. "No te pido que los saques del mundo sino que los preserves del mal". El cristiano está en el mundo: lleva en su corazón todas las heridas del mundo, está en contacto vivo y sufriente con sus hermanos; pero no es del mundo; vive libre de los poderes de este mundo y con la mirada fija en esa paz que está en las manos de su Padre Celestial.

No puede haber pues mayor inconsecuencia que la de un cristiano que pretende hallar deberes para con la humanidad, superiores a la oración y al trabajo incansables por la paz, empezando por los que tienden a evitar una dilatación mayor del campo de batalla.

Pero aun es más inexplicable que haya católicos chilenos que tachen de egoísta y estrecha la política de su Gobierno que lucha hoy heroicamente por mantener la paz, trabajando así por el bien temporal supremo que debemos desear todos los cristianos.

Si como católicos no han sabido adoptar una posición consecuente, tampoco lo hacen como chilenos, desentendiéndonos ya del aspecto cristiano de la cuestión.

No se ha recalcado con suficiente energía que la posición internacional de Chile, lejos de ponerlo a las puertas de la historia, es la única que lo introduce decididamente en ella.

La guerra actual se presenta como un complejo de corrientes culturales en conflicto. No hay dos causas, no hay dos bandos que puedan separarse con cuchillo. Hay tantas causas como naciones aspiran a realizar plenamente en ella su imagen cultural. Y en este juego histórico cada nación verdaderamente tal debe arrojar su carta. Las grandes potencias beligerantes la han arrojado ya: esta guerra significa para ellas la afirmación de su propia esencia nacional frente a la de las potencias que se le oponen. El doloroso sacudón de esta guerra hace circular, a la fuerza, hasta en las últimas células de cada organismo nacional auténtico la savia vivificante de un destino común. El conflicto actual es un llamado al corazón de cada pueblo para que éste defina su contenido propio. Las naciones que lo desoyen, traicionan su esencia propia y dejan de figurar en la historia.

Chile, al actuar internacionalmente con prescindencia de influjos extraños, está realizándose ya y haciendo historia. Ha arrojado también su carta. Chile ha declarado con su actitud que no está dispuesto a plegarse mecánicamente al destino de ninguna gran potencia extranjera; que antepone a cualquier otra consideración su existencia de nación libre. No está aislado, no está fuera de América ni del mundo; pero quiere determinar él, mismo sus relaciones con América y el mundo. Su ruptura de relaciones con el Eje no habría sido obedecer a una exigencia de su destino, sino a la del de una potencia extraña, que —ella sí— necesita de la guerra y la acepta libremente como espontánea manifestación de su imagen cultural. Roosevelt ha dicho que EE. UU. en esta guerra está realizándose como nación. Nosotros podemos decir que Chile se define ahora como nación, con el heroico mantenimiento de su paz. Todo imperialismo exige en una u otra forma la guerra porque, como orgullo colectivo que es, se define por el abatimiento de sus rivales. Las naciones no imperialistas, las que están en su derecho, actualizan todos sus valores en la paz, en la fraternidad internacional.

Los imperios en lucha están definiéndose todos ante el mundo y contra el mundo. Chile se define hoy ante el mundo y contra cada uno de los imperialismos que lo amenazan. Las pequeñas naciones beligerantes que no tienen necesidad histórica de entrar al conflicto son hoy instrumentos de las grandes potencias y funden su destino con el de ellas. Renuncian así a la historia, no arrojan su carta en el juego (el poderoso arroja la suya propia por ellos) y, en consecuencia, no sólo no sirven a la humanidad sino que cooperan a su fragmentación.

Si casi toda América está en la guerra, no es que en ésta se decida el destino de América, sino el destino de los imperialismos de América. Chile y Argentina, que lo comprenden, saben que la existencia de los pueblos que están en su derecho, depende de la afirmación de la fraternidad internacional, contra la soberbia divisionista de los imperialismos. Chile y Argentina, no tienen la culpa de que sus hermanos se aparten del destino de América: ellos lo viven y lo señalan con firmeza a los demás.

Nuestro país se unifica, se concentra y se afirma a sí mismo como nación, al elegir libremente su propio destino. Y le pone alto precio a esta libertad. No trepida en someterse a un riguroso ascetismo, a la destrucción incluso de su actual estructura económica por afirmar su realidad de persona colectiva, con voz y voto en el mundo.

No tenemos casi nada. Tal vez no tendremos nada. Pero tenemos patria, lo que equivale a decir: ¡somos! Y esto es bastante. Esto es hacer historia y ser ciudadanos del mundo.

F.

EL HOMBRE QUE SABIA VIVIR, por G. K. Chesterton (Primera versión castellana)	18.—
EL POETA Y LOS LUNATICOS, por G. K. Chesterton	15.—
666, por Hugo Wast	30.—
EL RANCHO, por Julio T. Ramírez	16.—
VIDA Y TRASMUTACIONES DE LOS ATOMOS, por Juan Thibaud	36.—
PUNTOS DE EDUCACION, por Alberto Hurtado C., S. J.	14.—
NOSTALGIA DE VAZQUEZ DE MELLA, por Osvaldo Lira	15.—
CONCEPCION CATOLICA DE LA POLITICA, por Julio Meinvielle	27.—
POLITICA, por Tristán de Athyde	17.60
SOLO ASI SE ARREGLA EL MUNDO, por José A. Laburu	18.—
PSICOLOGIA MEDICA, por José A. de Laburu, S. J.	65.—
ELEMENTOS DE PEDAGOGIA Y METODOLOGIA DE LA ENSEÑANZA DE LA RELIGION, por Armando Uribe (3.ª edición, del Secretariado de Prensa de la Acción Católica)	\$ 7.—
CARTAS DE SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS	5.—
DON BOSCO, por Juan Joergensen	24.—
MEMORIAS DE UN REPORTER DE LOS TIEMPOS DE CRISTO, por C. M. de Heredia, S. J., tomo 1.º	32.—

LIBRERIAS Y EDITORIAL "SPLENDOR"

SANTIAGO: Av. Bernardo O'Higgins 1626 - Casilla 3746

VALPARAISO: Independencia 2042.

POR LA PAZ

El mundo no podrá llegar a una verdadera paz mientras no deje de predominar el espíritu injusto, y conculcador del imperialismo, de la misma manera como no ha podido triunfar la seguridad interior de los países, mientras no se ha enfrenado la audacia de los particulares o la prepotencia de las facciones, por ese anhelo de justicia y de paz, de tranquilidad en el orden, que ha sabido implantar en tantas partes en gran medida la colectividad, que lo posee, como uno de los más grandes tesoros del corazón humano.

El triunfo obtenido por el buen espíritu —triunfo sin duda que necesita mejorar mucho para llegar a serlo plenamente— muestra que verdaderamente existe ese fondo dominante de amor a la paz en el hombre; lo demuestra además la consideración que capta las expresiones, de la conciencia psicológica y percibe el inmenso anhelo de paz de la humanidad.

Realmente, diez centavos de filosofía bastan para evidenciar que el hombre aborrece la guerra, y sin embargo, se encuentra continuamente envuelto en ella.

Y ello se debe a lo que decía comenzando: no deja de predominar el imperialismo conculcador. El sentido de amor a la humanidad, no tiene la suficiencia de fuerza pacificadora que posee el amor a la patria. El poderoso, quiere la paz para sí, pero sin que ésto impida los desbordes de su ambición atropelladora. El espíritu esclavizante de las edades paganas, no ha terminado del todo: mucho queda aún de su raíz y esencia.

¿Qué solución tiene este agudísimo problema?

Como católico, basado en razones teológicas e históricas, encuentro una sola gran solución, que podría, no sin gran dificultad resolver sustancialmente el problema, dejando sin duda en pie los inevitables desmanes de la humana naturaleza, pero ya sólo a título de excepciones, todo lo graves y numerosas que se quieran: esa solución es la recepción por el mundo, por los individuos y las sociedades, del mensaje de amor y de paz que Jesucristo

vino a dejar al mundo, y cuyo saludo era: la paz sea con vosotros, *mi paz os dejo, mi paz os doy*; no la paz que da el mundo, sino esa que sólo Yo puedo dar: la *mía*. Y cuyo precepto fundamental es el amor: el mandamiento *nuevo* testamento de Jesús: amaos los unos a los otros, *como yo os he amado*. El operante de ese amor y de esa paz, es la *gracia* divina, ante todo. El hombre, caído según el catolicismo, ha sido elevado y sanado por un remedio divino que lo encumbra por encima de su naturaleza; y este nuevo plano, recibe de Dios una vida nueva, y una medicina para sus males: es en este plano donde el hombre puede encontrar su paz, su orden, su justicia; es allí donde debe buscar todas estas cosas.

Por eso, el mundo podrá intentar una paz humana, pero no dar la paz "suya", de Jesús. El mundo ha intentado muchas veces que los hombres se amen porque tienen la misma naturaleza, pero nunca ha conseguido ni podrá conseguir que los hombres se amen con un amor sobrenatural, semejante al amor divino que nos tiene Cristo: como Yo os he amado.

Pero es el caso que no se ha dado otro nombre por el cual podamos ser salvos, sino el nombre de Jesús: si nos dejamos levantar al plano divino, podremos encontrar la justicia y la paz, pero si queremos salvarnos por nuestra propia naturaleza, debemos constatar tristemente que ella está caída, y es en la práctica incapaz de hacer triunfar en el mundo el orden de la paz, de la justicia y el amor.

A los católicos toca el bregar por el triunfo de Cristo.

Pero el mundo moderno, se resiste al mensaje evangélico: no percibe la sublimidad divina, la belleza sobrehumana, la caridad infinita que encierra, la divinidad de Jesús, que es amor. Cristo para el incrédulo es algo parecido a Confucio; el incrédulo lee el Evangelio con ojos humanos, no bañados por la luz de la fe, de la misma manera, según la comparación fuerte de un autor, como un perro percibe y gusta de un poema o de un silogismo escrito con carne. También se puede decir que lo percibe como una persona de escasa cultura aprecia una sinfonía, cuyo espíritu le escapa, aunque guste de **particulares** sonidos agradables. Como el incrédulo no

tiene el catalejo, el telescopio de la fe, no alcanza a ver con sus ojos desnudos las verdades y bellezas que se encuentran a distancias astronómicas de su inteligencia pobre. El dogma le parece una imposición absurda y arbitraria, de algo que de ninguna manera se capta. Y claro es que no se capta sin la luz de la fe.

Para ese mundo que rechaza el catolicismo, o que lo vive tan lánguidamente, que es casi como si lo rechazara, existe, no una verdadera solución de paz, sino un paliativo, que también merece exponerse, porque tal vez sea lo único que en un futuro relativamente próximo puede esperarse, y porque es ya un medio, a lo menos en cuanto quita obstáculos, para la venida del reino de Cristo.

¿Cuál es este importante paliativo?

Algunos han hablado del desarme. Pero pronto el mundo ha comprendido que el desarme material no sólo es inútil, sino que además ineficaz, y sobre todo imposible, sin el previo desarme de los espíritus. Y ahí está el nudo del problema, que el mundo no ha podido resolver, ni lo podrá, porque está todo puesto en lo maligno.

Otros han intentado una vasta organización jurídica internacional. Parece que tal organización debiera tener fuerza para sancionar, digo fuerza material, como la tienen los Estados. En verdad, tal organización sería el verdadero paliativo.

Pero, sea que se le quiera (y pueda) dar una fuerza material, o se espere que sus fallos se acaten sólo por buena voluntad, y en razón de su prestigio moral, siempre una organización jurídica, para tener consistencia, debe ser fruto, al menos parcial, de una disposición interna, que cristaliza en algo externo; aunque más tarde, la organización jurídica pueda ir cimentando con sus actuaciones e influjo el espíritu de los pueblos.

Es precisamente porque no se comenzó por el interior, que fracasó la Liga de naciones: no había todavía suficiente fundamentación espiritual. En tal caso, la complicación de las dificultades es tan grande, y los fracasos son tantos, que todo el castillo viene a derrumbarse.

Por eso, los que quieren la paz del mundo, deben comenzar predicando el espíritu de paz; mostrando su grandeza, su belleza, su nobleza moral, sus frutos; como también la vileza y ruin fealdad del odio, de la injusticia.

las calamidades de la guerra, su iniquidad moral y sus nefastas consecuencias.

Debe tender a disiparse el egoísmo internacional, a destruir las suspicacias y la tibieza del amor internacional; cimentarse los pueblos, y primero los más cercanos, en ideales comunes y grandes, en regalos, en intercambios de toda clase, en mutua y generosa ayuda.

Cada punto de éstos, podría ser objeto de grandes ampliaciones, como también debería estudiarse continuamente la metodología conducente a asegurar cada día más la efectividad de tales conceptos.

Y en este orden de cosas, mucho podría aun decirse. Y mucho se ha realizado.

Pero hay que agregar algo más: el egoísmo humano, no se encuentra suficientemente movido por los ideales grandes. Es preciso por consiguiente, que los hombres se convenzan de la necesidad que tienen *todos*, de la paz, para evitar la guerra, no sólo como cúmulo de injusticias e iniquidades, sino como el mayor de todos los males terrenales, como el más terrible de los flagelos.

En efecto, cierto es que algunos ricos o poderosos pueden mirar la guerra como un negocio y como un medio de dominación, y así pueden provocarla para fines de comodidad personal y mezquina.

Pero la inmensa mayoría de la humanidad, ricos y pobres, cultos e incultos, entenderán muy luego, que la guerra es la mayor de las calamidades temporales, y que deben refrenar, por propia conveniencia, los afanes de quienes quisieren hundir al mundo, con tal de prosperar ellos.

También los pueblos, además de anhelar por la justicia y lo noble, por la belleza moral del respeto a lo ajeno, y de equitativa distribución de los bienes materiales, deben convencerse, de que aun por motivos menos elevados, por propia conveniencia, deben evitar la guerra, y todas esas injusticias que a ella conducen.

Para explicar un poco más este concepto, dividamos los pueblos en poderosos y débiles. Tanto los unos como los otros, suelen olvidar, no sólo la nobleza y la dignidad, sino también la propia conveniencia, porque juzgan según lo que es obvio y primerizo.

Ciertamente, la historia nos ha demostrado, comenzando nuestras observaciones por los pueblos poderosos, que algunos han logrado mantener durante siglos un imperialismo que los ha llenado de prepotencia y de riqueza. Las guerras habidas, tal vez puedan considerarse muy inferiores en calamidades a las pingües utilidades obtenidas. Pero es el hecho que hoy día los pueblos más dormidos despiertan: la India, por ejemplo, es ahora un terrible problema para Inglaterra, y ahora también el Asia y América, tienen una importancia política muy superior a la que tenían hace cien años, en el concierto de las naciones. Dentro de cincuenta o cien años, tal vez haya de decirse algo semejante del Africa.

Por eso, a las naciones poderosas, no les conviene, digo aun hablando de tejas abajo, fomentar el imperialismo, porque las naciones débiles se despercuden y se unen, para llegar a formar un frente de guerra que augura para el futuro calamidades incalculables, mucho mayores que cualesquiera beneficios económicos. Hoy en día las guerras tienden a ser mundiales; mañana lo serán en forma mucho más efectiva; veremos quizá a la India peleando aliada con Alemania y el Japón en magnífico pie de guerra contra la metrópoli. Para la alianza no importan hoy día muchos intereses, ni siquiera las ideas: Rusia lucha junto con las democracias.

En cuanto a los países débiles, siguen también una política de entreguismo, que aparentemente los salva, pero en realidad los envilece, y prepara guerras futuras.

Prepara guerras futuras por cuanto en la medida que un país se doblega y se da, el apetito de los poderosos aumenta, y el yugo se va haciendo más envilecedor, cuando por sabia política no se hace más ominoso. Y entonces, por poco que exista de dignidad e instinto de conservación, los pueblos débiles se unen, y se unen a los enemigos del país que los esclaviza, contribuyendo a una guerra universal.

Hoy día vemos ceder miserablemente a muchos países ante imposiciones de otros. Mañana, ésto será una calamidad de guerra para los países que ceden, y para los países imperialistas.

No deben los países ceder en su dignidad y libertad por temor o por ventajas materiales, que después se con-

vertirán en descalabros, aun materiales, mucho mayores: ceder a la injusticia, es dar paso a ella, y con su reinado, al de la guerra.

No sólo por amor propio, sino aun por altruismo, los países deben conservar su independencia justa, para evitar males universales.

En razón de ésto, deben unirse los países débiles, para formar bloques, que les permitan tratar de igual a igual con las grandes potencias, del mismo modo como los obreros se sindicán para poder tratar de igual a igual con sus patronos.

Pero, así como los obreros no deben sindicarse en son de guerra, así también los países débiles deben unirse como una medida preventiva, pero animados del más amplio espíritu de cooperación y de solidaridad universal, para contribuir a la paz y a la justicia, en estrecha unión de ideales y de miras con los países grandes, que saben tratar con países iguales.

Creo que una intensa difusión de las ideas expuestas, puede contribuir grandemente a la paz.

Y que para su logro, deberían formarse secretarías de propaganda de la paz y de estudio, en todos los países, contribuyéndose así, por estrecha unión internacional en este plano, a una gran ofensiva mundial en pro de la paz.

En cuanto a Chile, debe convencerse de la fuerza de su espíritu: deshabitado, no es una potencia mundial en el orden de guerra; pobre, no puede competir con los países ricos.

Pero el espíritu es una fuerza superior a la materialidad de las armas y del dinero, y amenudo contrapuesta en razón inversa. La nación chilena, lo mejor de su opinión, debe abanderarse por la paz; lo cual, no es neutralidad amorfa, indiferente y mediocre; no es término medio de paños tibios y medias tintas, sino que es ese medio de la virtud que es cumbre entre dos abismos; que es grandeza heroica en pos de un ideal sublime y difícil, que nos hiere en la carne viva y flaca; es heroísmo de superación, no neutralidad anodina.

Ese ideal positivo y realizador, que no negativo, callado y abstencionista, no puede herir a nadie, porque es sincero e irreticente, cuanto expresivo y generoso amor universal, que atacando lo malo, sabe querer a los des-

caminados. No puede herir a nadie ese ideal, porque es ideal de justicia y de paz. Y en esta hora trágica, el mundo cansado, anhela secreta, pero hondamente la paz.

No necesita tener cien millones de habitantes nuestra patria para ser grande, sino tener un espíritu grande; como tiene más necesidad de espíritu que de cañones para defenderse.

Chile, debe arrastrar a América en su ofensiva por la paz. Con eso, no hace sino seguir el sentido de su historia, y la tradición de sus grandes.

Eduardo León B.

‘ ‘ E L C H I L E N O ’ ’

DIARIO POPULAR INDEPENDIENTE

Base ideológico-social: las normas pontificias.

Independiente de todo partido político.

Fiscalista. — Noticioso. — Servicio completo extranjero.

OFICINAS: ROSAS 1281

YRARRAZAVAL, RODRIGUEZ Y CIA. LTDA.

BOLSA DE COMERCIO

CORRESPONSALES EN EL EXTRANJERO

T. E. RODRIGUEZ B.

B. YRARRAZAVAL R.

J. A. BARDELLI A.

S. YRARRAZAVAL L.

Cables: YRAVI — Casilla 8003 — Teléfonos: 60106, 69107,
68695 y 84161.

James Gillis.

VICTORIA, ¿Y DESPUES . . . ?

Reproducimos a continuación el editorial de la prestigiosa revista "The Catholic World", de Nueva York, de junio último, en que con clara objetividad se encaran las perspectivas de la post-guerra y la intervención que le cabrá a los cristianos en los cimientos de la paz.

Algunos de nuestros conciudadanos consideran sedición y hasta traición el mirar hacia el futuro, el término de la guerra y preguntarse: "¿Y después qué . . . ?" Otros —no tan sensibles o suspicaces— lo encuentran necio. "Cada cosa a su tiempo", dicen o "Bastante trabajo tendremos en ganar la guerra. No distraigamos nuestra atención considerando posibles futuras negociaciones diplomáticas, maniobras políticas, reajustes territoriales". Simeon Strunsky, redactor editorial del "New York Times", comentando "The Making of Tomorrow" (La Construcción del mañana), de Raúl de Roussy de Sales, dice: "Es reconfortante encontrar un libro sobre el mañana que, prácticamente no hace ningún esfuerzo por indicar cómo será este mañana" Habla sarcásticamente de "atareados planificadores . . . que fabrican modelos del mundo nuevo . . . entre las revueltas ruinas de programas y profecías: "Pero lo que es reconfortante para el señor Strunsky puede ser exasperante para otros. Si yo compro un libro sobre el "Mañana" y encuentro en él poco o nada sobre mañana, me sentiré lo mismo que cuando el doctor me cobró diez dólares por decirme que nada podía hacer por mí.

Sin embargo, bien pensado, el buen sentido recomienda dedicar primero toda nuestra atención a ganar la guerra. Nada pone a un hombre más en ridículo que el hablar de lo que va a hacer con un dinero que está "seguro de obtener", pero que nunca consigue. "Toma la pelota antes de lanzarla" — dice el entrenador al novicio. "Consigue el dinero antes de gastarlo", era un buen consejo, hasta que el New Deal nos enseñó que la economía no es ninguna virtud. A la luz de estas viejas y sabias máximas, parecería tal vez mejor ganar la

guerra antes de repartirse el botín: ¡Perdón! no repartirse el botín, sino distribuir las utilidades. —

Pero aun quedan otros aspectos de la cuestión. Todos dicen, citando al Papa, que en el futuro debemos tener no sólo paz, sino “una paz justa y duradera”. Sin embargo, el señor Strunsky admite con el señor de Sales: “Dad a las democracias la victoria hoy día y no tendremos ninguna seguridad de que puedan otorgar una paz justa y duradera”. Si no podemos estar seguros —o siquiera razonablemente convencidos— de una paz justa y duradera, ¿para qué estamos luchando? ¿Para liquidar al Eje? ¿Para restablecer el precario statu quo de Versalles? ¿Para vengar el vil ataque a Pearl Harbour? ¿Para reestructurar el mapa de Europa Central? Para restituir los territorios robados por Hitler, Hirohito, Mussolini y Stalin a sus legítimos dueños? Cada uno de estos objetivos puede ser suficiente para una guerra ordinaria. Pero ni aun todos ellos juntos pueden justificar el actual monstruoso conflicto. Pues esto no es una guerra sino una revolución; y cuando termina una revolución, su resultado no puede ser nada menos que un nuevo mundo. Digo nuevo mundo. No el “nuevo orden” de un loco y un sádico, sino una nueva era de civilización. Si, terminada la guerra, volvemos al mundo de 1914 ó 1918, esta gran revolución pasará a la historia como una muestra de estupenda futilidad. Y en la próxima generación tendremos la III Guerra Mundial.

Según algunos “slogans” corrientes, entramos en esta guerra para coger a Hitler y encadenarlo a una roca o fusilarlo. Pero Hitler no es la causa de la presente catástrofe. El no formó ese mundo que lo llevó al poder. Fué ese mundo el que lo hizo a él. Ningún hombre puede producir un terremoto o un maremoto. La tierra se abre y emerge el monstruo; el mar se retira y allí le tenemos. En 1918 se oyó un grito: “Que cuelguen al Kaiser”. Pero aun habiéndolo ahorcado, tendríamos de todos modos a Hitler o a otro a su imagen y semejanza. El objeto de esta guerra es, pues, corregir los errores de la otra guerra mundial; es decir, corregir los errores de la paz que siguió a esa guerra. El mundo está cabeza abajo y debemos colocarlo en su postura normal.

En otras palabras, la paz que preveen los hombres sabios —“la paz justa y duradera” del Papa— no va a surgir súbitamente de la tierra como el rosal del escenario al golpe de

la vara del prestidigitador. Ni va a caer como maná del cielo. La paz puede, en realidad, parecernos el cielo, pero, como el cielo, debe ser merecida. Se gana el cielo por la penitencia, mortificación, sacrificio, fe y amor. Una paz duradera será un cielo terrestre, pero debemos crearla por medio de esas mismas virtudes.

La idea más insensata de este mundo demente es la de que si odiamos al enemigo con la suficiente violencia y lo demostramos en forma contundente, ganaremos la guerra, y por lo tanto, la paz. Todo el mundo dice que ganamos la última guerra, pero que perdimos la paz. Dicho epigrama ya está viejo. Pero tiene otro correlativo que es bastante nuevo: es más difícil ganar una paz que ganar una guerra. "Sangre, sudor y lágrimas", dice Churchill, es la receta para ganar una guerra. Se necesita más que eso para ganar una paz — una paz justa y duradera. Se necesita fe y amor fraterno y humanidad y perdón de las injurias, y magnanimidad y generosidad e idealismo. Se necesita todo lo que poseemos o Dios pueda darnos.

Seamos específicos. Hay más aún. Demasiados oradores y escritores emiten principios altisonantes y los abandonan. Hablar en abstracto y rehusar traducir a lo concreto, indica oscuridad intelectual o deshonestidad. Así es que vamos viendo.

Cuando hayamos ganado la guerra y estemos sentados en la mesa de la paz (Dios acerque el día), ¿podremos decir a los plenipotenciarios del Japón: "Uds. han hablado de una Doctrina Monroe para su continente: Asia para los asiáticos. Comprendemos la posición; y reconocemos el principio. Uds. tienen tanto derecho para controlar su hemisferio como nosotros para controlar el nuestro. Nosotros no tenemos mejor derecho a posesiones asiáticas que el que Uds. tienen a posesiones americanas. Lo que causó la guerra no fué su punto de vista, sino el método que usaron para aplicarlo. Ahora que los hemos derrotado en el propio campo de la fuerza, podemos proyectar juntos pacíficamente para el futuro. Uds., la China y la India controlarán el mundo asiático, como nosotros controlamos el mundo americano?"

De igual modo, cuando tengamos a los nazistas de rodillas, ¿podremos decirles —y querrá Inglaterra decirles con nosotros?: "Vuestra tesis de que es injusto el que un país controle política, financiera y comercialmente la mayor parte del mundo, es sustancialmente justa. Pero lo que no nos gusta es el

empleo de la fuerza bruta para solucionar esta desigualdad. Ahora que os hemos demostrado que vuestros métodos no sirven, os enseñaremos mejores métodos. Dividiremos equitativamente Europa entre las naciones, grandes y chicas. En cuanto a colonias, dispondremos que en adelante se distribuyan entre Uds. y los demás a pro-rata”.

¿Que esto es absurdo? ¿Imposible? ¿Que no puede ni pensarse? ¿Que debemos castigar a los criminales? ¿Que debemos infligirles castigos tales que recuerden sus crímenes por mil años? ¿Que debemos quitarles hasta la última arma, y rodearlos de una muralla de acero? ¿Que debemos poner nuestro talón sobre su cuello y no quitarlo? Muy bien, entonces tendremos un segundo Versalles y a su debido tiempo una III Guerra Mundial.

Por escribir estas cosas, y aun sólo por escribir sobre la paz, seré llamado de la Quinta Columna, o de la Sexta, o tal vez de la Séptima, pues la villanía aumenta con las cifras. Pero todo lo que trato de probar es que una paz justa y duradera no nos va a caer a las faldas como un racimo de uvas o de higos maduros, mientras descansamos, a cada uno bajo su viña o higuera. Sangre, sudor y lágrimas para la guerra; sacrificio, generosidad, magnanimidad para la paz. Si esto es ser quintacolumnista, Cristo era un quintacolumnista. La tesis no es mía, es Suya. Y la nuestra es una civilización cristiana. Por lo menos, así lo sostenemos.

Espero que el lector comprenda lo que entendemos por honestidad intelectual en la estructuración de una paz justa. Decimos “sacrificio, sacrificio”, pero no basta con repetir la palabra. Si debemos sacrificar, debemos sacrificar algo: hierro, oro, carbón, caucho, petróleo, tierras. Los bienes de la naturaleza, es decir, de Dios, deben ser distribuidos equitativamente. El cuarto punto de la “Carta del Atlántico”, dice: “Ellas (las naciones) procurarán, con el debido respeto por sus obligaciones existentes, promover el que todos los Estados, grandes y chicos, victoriosos o vencidos, tengan acceso, en igualdad de condiciones, al comercio y a las materias primas del mundo necesarias para su prosperidad económica”. Suprimid la frase sibilina “obligaciones existentes”; dejad el resto y tenéis todo. Llegó el tiempo de revisar o cancelar compromisos previos. Son la causa de la mayoría de nuestros problemas.

Si estamos resueltos a mantener el "Modo Americano de Vivir" (American Way of Life), es decir, el sistema de la abundancia, super-abundancia, extravagancia, mientras varios cientos de millones de pobres infelices tienen que vivir al modo asiático, es decir, a punto de morir de hambre; si creemos que nosotros y nuestros amigos tenemos un derecho divino a los privilegios de "nación más favorecida" por nuestra sangre, o raza, o color, o posición geográfica, mientras todos los demás, en especial nuestros enemigos, son "razas inferiores" fuera del alcance de los tratados, contratos y carteles (¡esos malditos carteles!), sólo estamos perpetuando el crimen de Hitler que predica el evangelio de "raza" y "sangre".

Debo decir, para ser justo con mis conciudadanos, que nosotros los norteamericanos estábamos dispuestos a ser magnánimos después de la última guerra. Pero los diplomáticos de antiguo cuño, la "misma antigua pandilla", como los llama Sir Philip Gibbs, se rieron del "ingenuo idealismo americano" de Woodrow Wilson y con engaño lo desviaron de sus planes de un Mundo Nuevo. Por lo demás, este plan no era wilsoniano; era cristiano. En realidad era católico. El programa de Wilson era en efecto el del Papa, es decir, el de la Iglesia, el de Dios. Naturalmente, los Clemenceaus, los Orlandos y los Lloyd-Georges lo torpedearon.

Tengo poca paciencia con los intelectuales que critican al pueblo norte-americano por no haber entrado a la Liga. La Liga tal como la planeó Wilson y la Liga como resultó en el hecho eran dos instituciones diferentes. No podemos en este momento volver sobre todo eso una vez más. Baste decir que la suspicacia norte-americana sobre la honestidad de la Liga se ha visto justificada con las revelaciones de los últimos veinte años, y especialmente por el reciente libro de Herbert Hoover "America's First Crusade".

Los EE. UU. no obtuvieron ni tierras ni tesoros ni aumento alguno de sus recursos naturales como resultado de la Guerra Mundial. Todo lo que sacamos fueron críticas y odios, pánico financiero y una cesantía nacional. Todo esto y mucho más pudo haberse prevenido si Versalles hubiera efectuado el arreglo de las justas demandas de los enemigos derrotados. ¿Serán más sensatos los plenipotenciarios la próxima vez? Si no lo son, tendremos de nuevo lo mismo, y peor aún.

Hemos repetido bastante la frase del Papa, "una paz justa y duradera". Y ahora encuentro en "P. M.", una revista de Nueva York, una noticia bajo el título: "El Vaticano planea una Máquina de Paz". Un tal Federico Kuh envía un comunicado fechado en Londres, mayo 5, al "Chicago Sun" de Marshall Field, informándolo de que la Santa Sede está construyendo lo que llama "una maquinaria internacional para iniciar negociaciones de paz en el momento oportuno". Existen, dice, corrientes de rumores falsos sobre tentativas de paz por parte de Alemania e Italia, pero toda información auténtica revela que el Eje aun intenta una gran ofensiva bélica. Inglaterra y Norte-América han expresado al Papa que no aceptarán una paz "prematura". Se dice que la Santa Sede ha accedido en principio a un intercambio de representantes diplomáticos con Finlandia, y que miraría con simpatía igual medida con Suecia. Se indica también como probable que el gobierno holandés desterrado en Londres desea reanudar sus relaciones oficiales con el Vaticano, después de una interrupción de quince años. Estos rumores, relacionados con la reciente aceptación de un enviado del Japón al Vaticano y el proyecto de otro de China, y el hecho de que Gran Bretaña y el Presidente de los EE. UU. tengan representantes en el Vaticano, parecen indicar que el Papa se esté preparando para facilitar contactos entre los beligerantes cuando llegue el tiempo de abrir las negociaciones de paz. Especial importancia se da a las noticias de que Finlandia y la Santa Sede han convenido en designar representantes. "Rusia —dice el corresponsal del Chicago Sun— parece ser la única entre las grandes potencias que quedará fuera de este círculo".

Las frases de estos despachos: "Máquina de Paz", "maquinaria internacional", tal vez pretenden ser oprobiosas. "P. M." aborrece la idea de una paz inmediata. Pero la noticia es probablemente auténtica. Y es justo que el Papa, la cabeza de la mayor fuerza moral del mundo, legado del Príncipe de la Paz, se preocupe él mismo de preparar negociaciones de paz "en el momento oportuno". Y respecto a la actitud de nuestra patria y Gran Bretaña, harían bien en no rechazar ofertas de armisticio, en el cual se pudiera llegar a términos en que las potencias del Eje solicitaran una paz final. Una suspensión temporal de las hostilidades no significaría que Alemania, Japón y Rusia deban conservar sus ganancias mal adquiridas, o que

los pueblos conquistados deban continuar esclavizados a los tiranos. Paz en cualquier momento no significa paz a cualquier precio. Y aceptar una solicitud de armisticio no es equivalente a la derrota. La Santa Sede, si es consultada, insistirá en que su propia definición de "una paz justa y duradera" no sea olvidada. Las Naciones ignoraron al Santo Padre en Versalles y el resultado fué trágico. Harán bien en no ignorarlo esta vez.

Si nosotros, que creemos en Dios, tenemos que promover la causa de Dios al término de la guerra, no debemos esperar que ella termine para "trabajar". Las fuerzas anti-Dios están resueltas a que El no tenga parte en la paz, tal como nosotros estamos resueltos a que debe oírse la voz de Dios. El Obispo Noll dijo en una alocución a la Convención del Consejo Nacional de Mujeres Católicas el 20 de abril último, que el socialismo y el comunismo están más empeñados ahora en establecer un orden de post-guerra, en el cual Dios no tendrá sitio alguno, que los cristianos en construir un nuevo orden sobre fundamentos divinos.

La ausencia de Rusia en la creciente lista de naciones que vuelven a la Sta. Sede es significativa. Mejor dicho ominosa, portentosa. Da lugar a las mismas dudas que el rechazo de Stalin de recibir a nuestros observadores militares en el frente soviético; el mantenimiento de un pacto de neutralidad con el Japón; su renovación de los tratados pesqueros; su negligencia en ofrecer el frente ruso-japonés como base contra el Japón, y una media docena de otras circunstancias que provocan sospechas sobre la fidelidad y duración de una alianza con nosotros. El asombroso cambio de Stalin de amarga enemistad a cooperación militar con Hitler, y los 22 meses que duró esta coalición de Herodes con Pilatos requieren aún muchas explicaciones. Esos americanos que se burlan de nuestros temores respecto a la confianza en Stalin o son increíblemente ingenuos o simulan una confianza que no pueden sentir. "No pongáis vuestra fe en los príncipes", dice la Escritura. Más claramente, no pongáis vuestra fe en dictadores. José E. Davies, nuestro ex-embajador en Moscú, siendo gran partidario de Rusia, dice después de una larga conversación con Stalin: "Tiene un astuto sentido del humor. Tiene una gran mentalidad. Es agudo y sagaz y sobre todo juicioso". Es evidente que para tratar

con semejante personaje no podemos darnos el lujo de ser inocentes y confiados y crédulos.

Hace algún tiempo, en estas columnas, anoté la opinión de un observador inglés que decía: "los americanos son característicamente suspicaces". Temo que comprenda tan poco nuestro carácter como la mayoría de sus compatriotas comprenden nuestro humor. Mark Twain nos conocía mejor: Somos "inocentes en el extranjero"; bastante astutos en nuestra patria en algunos pequeños asuntos; pero atropelladores al tratar con los europeos y asiáticos, más antiguos y complicados.

Así es que pongamos a don José Stalin' en su lugar. Puede que sea un campesino, pero no tiene paja en su cabello. Podemos estarle agradecidos por su ayuda y apreciar la destreza—aparente o real— de sus generales, pero preparémonos para seguir adelante sin él. Y—no lo olvidemos— podemos repetir lo dicho antes aquí, nuestra alianza es con la persona de Stalin. En la constitución de esta alianza, el pueblo ruso no tuvo voz; en su terminación (si es cancelada) tampoco se le tomará en cuenta. La cooperación política y militar américo-soviético-británica existe por la gracia de Stalin. Y si ve la conveniencia de retirar su gracia, ésta caerá. Esto no es cinismo, sino saludable realismo. No es traición, es la verdad.

Descontada la caída del nazismo, cuando tengamos a Hitler a nuestra merced, la reconstrucción del mundo se hará, ya sea sobre base comunista, ya sea sobre base democrática. O la una o la otra. No pueden combinarse. No debiera ser necesario a estas alturas tener que detenerse a probar la evidente proposición de que comunismo y americanismo son antítesis. Ha sido demostrado en el "Catholic World" y en mil otros periódicos americanos una y otra vez. El antagonismo entre comunismo y democracia no es casual o accidental o superficial. Es filosófico, luego esencial. Sergio Bolshakoff escribió en el "Month" de Londres (Sept.-Oct. 1941).

"El Estado Soviético es una creación del partido Bolchevique o Comunista que profesa una filosofía o credo especial... De acuerdo con el credo oficial bolchevique... la materia es eterna y el espíritu es sólo su derivado... La actual filosofía bolchevique es casi idéntica a la de los evolucionistas emergentes... Tal doctrina es en realidad panteísta, a pesar de que los bolcheviques desearían rechazar con vehemencia esta suposición. El bolchevismo es, hablando con propiedad, una

religión, con sus Escrituras propias. Concilios generales, interpretaciones dogmáticas, teólogos, ritos y todo lo demás... Siendo así una religión **de facto**, aunque no tenga Dios... se ha mostrado radicalmente hostil a todos los antiguos credos... El cristianismo, con su énfasis en la humildad, mansedumbre, resignación y obediencia a la autoridad, era, según Marx y Lenin, particularmente peligroso para las clases obreras, un verdadero opio del pueblo. Para la mentalidad bolchevique, la antigua y corrompida forma burguesa de la sociedad, sólo puede ser destruída por la fuerza, a través del triunfo de la Revolución Proletaria. Toda organización, sociedad o grupo que propicie paz y reconciliación con las clases no-proletarias, debe ser suprimido o reformado”.

Por lo tanto, cuando los Soviets llegaron al poder, las sociedades religiosas fueron privadas de todos sus derechos jurídicos y sus propiedades inmediatamente confiscadas. Pasados diez años, los mismos Soviets informaban que habían ejecutado a 20 obispos y 1,414 sacerdotes. Pocos años después, el número de clérigos ejecutados llegaba a 8,100. Miles de iglesias y reliquias fueron profanadas, la Sociedad de los Sin Dios fomenta oficialmente la más inmunda y malvada propaganda y promueve los increíbles horrores perpetuados en Rusia. 20,000 lugares del culto —iglesias, mezquitas, sinagogas— fueron destruídas el año de la gran campaña de “Colectivización” (1929) y pareció que la religión había sido exterminada.

Pero como sucede siempre en la historia de la Religión, su completo aniquilamiento es imposible. En parte, debido al cansancio del Gobierno Soviético, en su esfuerzo por arrancar la fe de los corazones del pueblo, en parte por el nacimiento de un espíritu nacionalista con la guerra, y parte por necesidades de propaganda, la persecución se ha visto moderada. Sin embargo, en enero de 1941, existían 115,477 “células” anti-Dios y 3.450,182 militantes de la Sociedad Atea. Bolshakoff agrega que “noticias recibidas aseguran que ha sido disuelto la Unión de Militantes Ateos; que después del ataque alemán ha cesado la propaganda soviética de radio contra Dios; y que en el peligro, el Kremlin recurre al pueblo en nombre de Rusia y no en el nombre del Soviet. Esto despierta grandes esperanzas, respecto a una resurrección de una Rusia real y verdaderamente religiosa, aunque uno no pueda hacerse ahora ilusiones sobre la actual política del Kremlin”.

Bolshakoff escribe en Londres: Si nos visitara podríamos darle muchos testimonios de que ciertos americanos siguen "teniendo ilusiones en la política del Kremlin".

Pero es justo agregar que el clero, al que se habían negado todos los derechos civiles de 1917 a 1936, ha sido emancipado. Pero la mayoría de las restricciones opresivas impuestas a principios de la revolución se mantienen: se prohíbe a las comunidades religiosas formar ninguna asociación de ayuda o servicio mutuo, de prestar asistencia material a sus miembros, de instituir clubs, círculos o sociedades con fines intelectuales o humanitarios, de organizar centros de recreo o excursionismo para niños, o de abrir bibliotecas, salas de lecturas o gotas de leche privadas. El estudio de la Biblia está prohibido como también todo estudio teológico, excepto en privado o en escuelas especiales autorizadas por el gobierno. En un folleto "Rusia en guerra", de Vera Micheles Dean, publicado en marzo de 1942, por la Asociación de Política Exterior, leemos: "La Constitución soviética de 1936, en su Art. 124, establece que se reconoce a todo ciudadano la libertad religiosa y la libertad de propaganda anti-religiosa, pero en realidad, la libertad religiosa permanece sujeta a importantes restricciones. Todos los medios posibles de influenciar la opinión pública —prensa, radio, teatro, cine, conferencias y exposiciones anti-religiosas— se emplean para burlarse de las supersticiones y creencias religiosas... Además, el Gobierno soviético prohibió la formación de nuevos jefes religiosos y la educación religiosa de los niños en las escuelas —permitiendo sólo que esa educación fuera dada por los padres en sus casas—. Como resultado, hay grandes posibilidades de que, cuando desaparezca la antigua generación, la Unión Soviética tenga una población criada en una actitud de indiferencia o de franca hostilidad hacia la religión".

Comprendamos, entonces, que las recientes concesiones hechas a la religión en Rusia se deben, no a que la filosofía soviética haya cambiado, sino a una necesidad política. En el "Saturday Evening Post", del 25 de abril, Demaree Bess dice: "Stalin está vivamente interesado en la supervivencia de la nación rusa, pero está igualmente interesado en la supervivencia del régimen revolucionario por cuyo establecimiento en Rusia él ha trabajado desde su infancia. Quieran o no reconocerlo algunos americanos, Stalin sabe perfectamente bien que

este régimen soviético y nuestro régimen son polos opuestos, y que es casi imposible eliminar la mutua desconfianza de esta insegura alianza entre Rusia y las Naciones Unidas. El dictador soviético nunca ha pretendido, como algunos oradores americanos, que es posible una absoluta y cordial cooperación entre su gobierno y los gobiernos inglés y americano”.

Cuando el nazismo y el fascismo hayan recibido el golpe de gracia con la derrota de Hitler, el mundo de la post-guerra estará dominado, ya sea por el comunismo o por una democracia revivificada. En este país, toda tendencia a alejarse de nuestra tradicional forma de gobierno o de adulterarla con colectivismo, es traición. Y sólo el decir esto será tildado por los izquierdistas de “pro-nazi”. Su técnica consiste en lanzar epítetos en lugar de argumentos. El hecho queda, de que Democracia y Comunismo son incompatibles. Mr. Bess, que conoce Rusia incomparablemente mejor que los que admiran el Soviet a la distancia, dice lo siguiente: “Es incontestable que este sistema (el soviético), cualesquiera que sean sus méritos en épocas de guerra total, ha sido implantado en Rusia sólo a cambio del sacrificio de las garantías individuales a la tiranía autocrática. Los rusos han sido privados de derechos tan preciados por americanos e ingleses, que no encontraríamos que la vida es digna de vivirse sin ellos... Stalin está resuelto a preservar las líneas generales de su régimen sin ningún cambio”.

Dicen que Lord Beaverbrook, en su discurso de Miami Beach, el 29 de marzo, expresó que “las esperanzas de la humanidad están concentradas en el Frente Ruso —el frente de batalla más crítico en la historia de la civilización—”. Temo que tenga que perdonarnos si preferimos pensar que la primera línea de defensa de la humanidad está aquí en América, y que no perecerá la civilización por la caída del Kremlin. Estoy seguro que sorprendería mucho a los Padres de la República de los EE. UU., si volvieran y les dijéramos que la nación que fundaron, vivirá o perecerá con el país menos democrático de Europa. Sin embargo, el ex-embajador Davies parece creer aconsejable a los intereses del patriotismo americano, hablar de los que preguntan: ¿Habrà peligro Rojo en los EE. UU.?, como de “gente de poco juicio y poco sentido”, que “se encuentran en pésima compañía, pues cientos de ellos

lo hacen por dinero, gente a las cuales Schicklgruber paga sus 30 monedas de plata”.

El que exista o no una Amenaza Roja en los EE. UU. no se determinará lanzando epítetos ni con la vieja y estúpida treta de llamar a un hombre con otro nombre y criticarlo por las faltas de su abuela. En cuanto a las “30 monedas de plata”, podría sugerírsele al señor Davies que denunciara los casos de soborno que conozca al F. B. I. y evite el aparecer como queriendo condenar por traidores y cohechadores a honrados ciudadanos americanos, que honestamente y con razón piensan que hay peligro en que nuestro gobierno pierda su primitivo carácter y se deslice hacia una especie de comunismo durante la guerra o cuando ella termine. Sugiero que cuando pronuncie su próximo discurso, omitiendo invectivas e insinuaciones, nos confeste estas preguntas:

1.º Ya que Stalin estuvo una vez al lado de Hitler y permaneció con él durante dos años, ¿por qué va a ser maldad nuestra el tener una prudente sospecha de que en un apuro puedan entenderse de nuevo?

2.º Si un socio del señor Davies traiciona a la firma y los vende, ¿le dará el señor Davies una segunda oportunidad para que repita su despreciable hazaña?

3.º ¿Qué habría pensado el señor Davies si después de declarar la guerra al Japón, hubiéramos mantenido aún un tratado de neutralidad con Alemania? Entonces, ¿por qué el señor Davies nos encuentra estúpidos o maliciosos por no comprender a Rusia que mantiene un tratado con el Japón, mientras tiene una alianza con nosotros?

4.º Cuando el señor Davies era nuestro embajador en el Kremlin, ¿pidió siquiera a Stalin un gesto de conciliación hacia el pueblo de los EE. UU., devolviendo la libertad de religión a Rusia? ¿Por qué rehusó Stalin? ¿Cree el señor Davies que valga la pena molestarse por la libertad religiosa?

5.º Cuando el señor Stalin prometió, como condición para ser reconocido por los EE. UU., que pondría término a la propaganda comunista en nuestro país, ¿cumplió su palabra? Si el señor Davies coge a un hombre en una mentira, ¿sigue confiando en él?

6.º Si yo insinuara que el señor Davies está recibiendo 30 monedas de plata de Stalin, ¿me consideraría un contendor honorable? Entonces, ¿por qué hace la sórdida insinua-

ción de que yo (y otros que participan de mi opinión), estamos recibiendo 30 monedas de Hitler?

Y es extraño, este mismo don José E. Davies, en su pro-soviético "Misión a Moscú" (de gran venta), presenta un catálogo de los defectos del bolchevismo, que hacen precisamente que algunos de nosotros miremos con sospecha la alianza con Stalin. Dice, sobre un aspecto: "Respecto a los campos económico, religioso y político, **en todos los países adyacentes a la Unión Soviética hay temor por la penetración y extensión de los sistemas soviéticos en sus territorios**". Resume otros motivos para no confiar en el comunismo: "Gobierno unipersonal"; "Tiranía, Opresión"; "Carencia de Religión" ("Carencia" es un suave eufemismo como hay pocos); "Desconfianza entre los propios jefes". Los que deseen conocer las razones por las cuales los jefes soviéticos viven en constante temor los unos de los otros, pueden encontrar en el capítulo "Rusia impía", de **La Selva Europea**, de Yeats-Brown, una aterradora lista de nombres de oficiales soviéticos asesinados o más bien "liquidados". ¿Cómo extrañarse de que sus sucesores anden con cuidado? ¿Cómo extrañarse de que seamos igualmente cuidadosos en poner nuestra fe en semejante gobierno? ¿Y, cómo pretende el señor Davies escandalizarse por eso?

En esta controversia (si es que hay una controversia) daremos la última palabra al obispo Noll, que dijo en el discurso antes citado: "Socialistas y comunistas están sumamente atareados, tanto en los EE. UU. como en Inglaterra, en reorganizar sus dispersas fuerzas y sacar ventaja de la actual situación en que el gobierno es el principal patrón del trabajo. Los socialistas sienten confiadamente que nunca ha sido más favorable la oportunidad para la apropiación gubernativa de todos los recursos materiales y de todos los medios de producción, ahora que el Estado ya es en gran parte poseedor de los mismos. Una extensa propaganda, tendiente a hacer permanente esta situación, conducirá, según creen, al éxito de sus planes".

En vista de estos hechos, el obispo sugiere que "no sólo los católicos sino que todos los cristianos tienen el deber de adoptar medidas enérgicas para insistir en una paz religiosa que sea efectiva".

J. G.

NOTAS DE UN VIAJE POR ESTADOS UNIDOS

Me parece una obligación de mi parte dar a conocer los resultados del Seminario Interamericano de Estudios Sociales al que fui invitado como representante de Chile. Por otra parte he recogido en mi viaje observaciones y recuerdos que pueden ser útiles. Siempre que he salido de mi patria he procurado aprender y aprovechar cuanto sirviera a mi país. Finalmente deseo rectificar declaraciones que se me han atribuido con el propósito de enrolarme en alguno de los bandos en guerra, posición que no tengo y que rechazo como Sacerdote y como ciudadano de un país no beligerante.

Ya me he dado cuenta de que ahora es peligroso en Chile hablar de cualquier punto relacionado con las naciones beligerantes. Los ánimos se han apasionado tanto, que a ciertas personas les interesa hoy mucho más Estados Unidos, o Alemania, que Chile. Y en todo quieren ver partidismo. Si uno dice, con toda inocencia: —“Washington es una ciudad muy hermosa”— inmediatamente piensan que es un furibundo partidario de los Aliados. O al contrario, si uno cuenta el hecho de que en la aduana de Lima el bagaje es revisado por un norteamericano, se cree que uno es nacista.

No deseo defender ni atacar a ningún bando. En el terreno internacional, yo no tengo más que un partido y una pasión: Chile. Y mi propósito es más bien relatar hechos, que dar opiniones. Y seguramente habrá hechos que agraden a unos y a otros no.

Y hay uno —por ejemplo— que tengo prisa en contar, antes que deje de ser oportuno. Las manifestaciones que se preparaban al Presidente de Chile en Lima, Quito, Bogotá, Panamá, México, etc., por parte de la sociedad y del pueblo, como representante de una República activa y libre, eran colosales. Una persona me dijo a mí: “Su Presidente ha salvado la dignidad de la América Latina”. Otros le enviaban un abrazo, etc. Estos preparativos fueron conocidos por el Gobierno de Washington. Aquellas manifestaciones resultaban anti-yanquis. ¿No sería mejor evitarlas, impidiendo el viaje...? Esta es la opinión de un importantísimo político sudamericano.

Al apasionamiento de las gentes se añade la parcialidad del Cable. Las Agencias de Informaciones están al servicio de una política determinada. En consecuencia, transmiten las noticias que la favorecen y callan las otras, o las tergiversan. Así por ejemplo, ni una palabra llegó a Lima acerca del artículo de don Arturo Alessandri Palma sobre Sumner Welles. Y el resumen de un editorial de Santiago era así: "El Diario Ilustrado" alaba la franqueza del señor Welles y lamenta lo ocurrido".

Así, es muy difícil formarse opinión de los sucesos. Quisiera también prevenirme contra otro posible cargo.

Estados Unidos es una nación inmensa, que tiene muchos y muy diversos aspectos. Alabar unos no significa alabar los otros; condenar unos, no significa condenarlos todos. Aparte de que por mucho que yo haya visto y observado, no he podido verlos todos.

Y la observación final. Yo he concurrido a un Seminario Interamericano de Estudios Sociales, organizado por la Jerarquía Católica y a cuyas reuniones asistieron siempre varios Obispos. Nuestro propósito era fundamentalmente el bien espiritual y religioso de nuestras naciones. Y hablábamos con una franqueza y libertad, que ojalá se emplearan en todas las reuniones internacionales.

Que en tales discursos, los norteamericanos tuvieran en cuenta el triunfo de su patria, es natural. Lo mismo haríamos, en caso semejante, los católicos chilenos. Pero, ni fué ese el propósito del Seminario, ni ese sentimiento patriótico, respetable en sí mismo, selló los labios de nadie ni subyugó las voluntades libres.

Por lo demás, el Seminario se desarrolló en medio de la mayor confraternidad cristiana. El tema primero, la crisis actual, fué tratado en un trabajo muy serio por Jaques Maritain, quien había sido especial y extraordinariamente invitado. Naturalmente señaló las causas que todos conocemos: la ruptura de la unidad cristiana de Europa, el desprecio consiguiente de la persona humana y la reacción liberal del siglo pasado, que ha traído como consecuencia el marxismo.

Los demás oradores que hablaron señalaron otros aspectos de las mismas causas generales para llegar a la única solución posible: la vuelta del mundo al cristianismo.

Terminada la sesión tuve oportunidad de conversar con el célebre profesor francés, que da clases ahora en la Universidad de Columbia.

Para ser más exacto procuraré copiar el diálogo lo más fielmente posible:

—Me ha parecido hallar en algunos de sus libros la idea de que los cristianos deben emplear en política esos que V. llama “los medios pobres”, es decir, los medios espirituales y sobrenaturales, y prescindir de los medios ricos, es decir todos los que se usan —y que sean legítimos y morales— en las luchas políticas, como es organizarse, ocupar puestos públicos, llegar al Congreso y tomar parte en las batallas de lo temporal. Aun creo que en Chile no soy yo el único que lo ha entendido así.

Maritain es un hombre muy suave y tranquilo. Con su hermosa cabeza gris inclinada sobre su hombro izquierdo y sus ojos azules, casi celestes, da una impresión de humildad y de llaneza muy atrayentes. Su palabra, además, es lenta y de voz baja. Pero ante mi pregunta, su reacción fué inmediata y enérgica.

—No, no he dicho eso, ni es ese mi pensamiento. He propiciado los medios pobres en la acción religiosa, no en la acción política de los cristianos. Mucho menos cuando éstos forman ya una agrupación histórica que está incorporada a la vida nacional.

—¿V. me autoriza para publicar estas palabras?

—Ciertamente.

Más tarde contaré otras conversaciones con Maritain. Y es el momento de decir que vimos en Estados Unidos a varios exilados europeos como Hildebrand, Pelitot, Ives Simon, y otros.

El Seminario entró a continuación en temas más concretos, que habrá ocasión de tratar.

Mientras tanto, debo decir luego, que tanto las autoridades eclesiásticas como civiles fueron muy afectuosos. Los norteamericanos son muy hospitalarios y gentiles. Aunque creo que miran a las naciones de América

Latina como tributarias suyas, que deben girar en la órbita de E.E. U.U., tienen un sentimiento de orgullo de hermano mayor para con ellas. Este hecho tiene, no una justificación, pero sí una explicación: es indudable que hay Repúblicas que han sido demasiado débiles y acaso serviles con los gobiernos norteamericanos. Por otra parte, hay también Repúblicas cuyo atraso cultural, racial y social es evidente. Los yanquis generalizan y nos creen a todos iguales: indios, o negros, o pueblos muy atrasados. Los pastores protestantes venidos a estos países se han encargado de formar esta opinión de nuestras Repúblicas en Estados Unidos.

Y como nuestras naciones son hijas de España y son católicas, ante la mentalidad simplista del pueblo norteamericano, aquel atraso se debe a España y a la Iglesia.

Demás está decir que nuestro Seminario sirvió mucho para desvanecer estos errores.

LOS LIBROS.

“LA CONCEPCION MATERIALISTA DE LA HISTORIA”, por Karl Federn. — Ed. Espasa-Calpe Argentina. B. Aires, 1942.

Un libro más sobre este tema apasionante y también una nueva visual para enfocar el complejo tema. El autor no se detiene mucho en las raíces y antecedentes filosóficos del marxismo, que han sido ya estudiados por tantos otros. Su análisis va más bien por otro lado no menos interesante y urgente de clarificar: la confrontación de la teoría marxista con la verdad histórica. Federn somete a una prueba de fuego al elucubrador a priori de una doctrina refutada a cada paso por los acontecimientos, y que día a día, a cada nuevo avance de la ciencia histórica, va perdiendo más terreno bajo sus pies. Karl Federn demuestra estar muy bien enterado de la tesis que refuta; serle conocida hasta en sus últimos resquicios y dominar plenamente la abundante bibliografía de sus panegiristas y creadores. Revela también el autor una gran ponderación y objetividad. Su reconocimiento de la favorable influencia que el materialismo histórico ha tenido en el mejor estudio de los hechos económicos, así lo comprueba. Además la obra se hace agradable a la lectura, tanto por su impecable método de exposición, como por su admirable claridad de lenguaje, que la versión española de Carlos Reyles pone muy en evidencia. Cabe agregar, por último, que Espasa-Calpe Argentina no ha descuidado la presentación de la obra, encuadrándola en un marco elegante y digno.

El mejor tónico cerebral

“FITOSAN”

del INSTITUTO SANITAS

**A base de fósforos, calcio
y magnesio.**

**SOCIEDAD INDUSTRIAL DE
COLORANTES S. A.**

FRANKLIN 741 — CASILLA 2917

Fabrica toda clase de anilinas

Letras y Arte

"EL VERDADERO ROSTRO", por Eduardo Anguita.

"Detrás de la persona hay un rostro hecho de orden, un rostro semejante al brillo de la espada".

"EL TIEMPO". Poema dramático de Roque Esteban Scarpa.

"La muerte... ¿Temer la muerte? La muerte no es sino quitarse el tiempo como una máscara"...

CRISTAL DE LIBRERIA

"La escuela viva", por Olga Cossettini.

"Antología del cuento peruano", por Armando Bazán.

"Mapu", por Mariano Latorre.

"La marcha de los cien", por Manuel Komroff.

"Los poemas de Edgard Poe", por Manuel Obligado.

"Los irresponsables", por Archibald Mac Leish.

"Ganivet, el hombre y la obra", por Antonio Espina.

"Antología", de Rafael Alberto Arrieta.

"La Samaritana", por Bernardo Cruz.

"Historia de la filosofía", por Alfredo Fouillee.

EL VERDADERO ROSTRO

He mirado un rostro ferozmente potente,
De rasgos suaves, de diversas direcciones.
Le he enrostrado hasta hacerlo caer como nube,
Y vi, atrás, el verdadero Rostro sin delante ni detrás.
Era el rostro sin máscara, sin cara,
Vacío, pero que miraba, ¿por dónde? Vacío,
Sin oídos, pero que escuchaba, ¿por dónde? Vacío,
Sin nariz, pero que presentía, ¿por dónde? Sin máscara,
Sin palpitación, sin vida, pero muy severo.
Era una máscara tan verdadera e invisible
Erguida sobre el tronco en esta tarde de verano.

Detrás de la persona hay un rostro hecho de orden,
Un rostro semejante al brillo de la espada.
¿Se puede ser sin ser algo? Como la presencia que
[trasciende
De las arboledas, entre el cielo y las hojas, la pequeña
[niña observada
Entreabría su cara a unas ráfagas y mostraba el Aspecto.

Día muy benéfico a mi entendimiento y locura,
Que con tanto reposo me libras del amor y el dolor:
Junta en mí tus anchas palmas de luz a tu tiempo
[oscuro,
Y los instantes desperdiciados y las verdaderas luces que
[ocurren
Instalen el momento de mi único Rostro.

Así he de besarte algún día, mujer cuyo rostro separo
[como aguas,
Como separo tus labios y despejo tus ojos hasta verte bien.
Ya el amor no es posible, ni la vida — Como en fondo
[de estanque seco,
En tu fondo quedará pegado, semejante a huesos o ins-
[cripción.
El tiempo que es mi aureola, mi nicho — ¡tiempo fiel!

E D U A R D O A N G U I T A

CRISTAL DE LIBRERIA.

“LA ESCUELA VIVA”, por Olga Cossettini. — Editorial Losada, Buenos Aires, 1942.

Obra muy interesante que su autora ha fundamentado en su propia experiencia adquirida en la Escuela Experimental “Gabriel Carrasco” (Rosario) de la cual es directora.

Olga Cossettini ha sabido comprender el alma del niño y ha encontrado los recursos según los cuales hacer llegar a él, sin mediaciones, los hechos de la experiencia cercana y los del saber sistematizado; las creaciones del arte y las normas de conducta. La autora nos explica esos recursos, o sea su plan de trabajo, según el cual, la Escuela se nos aparece como un medio para la realización de valores y escribe:

“La Escuela cuenta con dos medios donde los valores se hacen realizables: el contorno natural donde es posible verificar las primeras valoraciones científicas y estéticas; y el medio social donde se realizan las formas de conducta o valores éticos”.

Como se comprende, los niños pasan en contacto directo con la naturaleza y el medio social; lo que contribuye a un atesoramiento de rica experiencia que es siempre superior a cualquier saber transmitido teóricamente. Así nos explicamos el halagador resultado obtenido. Los niños egresados de esta Escuela, no son seres a quienes se ha plasmado de acuerdo con una disciplina rígida, sino seres en los cuales se ha cultivado la originalidad, el espíritu de iniciativa, de dirección lógica; seres a los cuales se ha ayudado a describir sus aptitudes y a quienes se ha orientado en ese sentido.

Y pensar que labor tan maravillosa sólo se realiza en seis años, ya que se trata de una Escuela primaria! Es que la autora ha sabido comprender que “mientras el maestro no se modifique en su contenido sustancial de maestro y la Escuela continúe viviendo al margen de la vida, seguirá siendo un organismo rezagado, inadaptado a las necesidades del mundo en marcha” (La Esc. Viva, pág. 41).

F. F.

“ANTOLOGIA DEL CUENTO PERUANO”, por Armando Bazán. — Editorial Zig-Zag, 1942.

Bien sabemos el interés que despierta hoy un libro que encierre alguna manifestación del sentido vital de Sudamérica. El cuento, de numerosos cultivadores en nuestros jóvenes países, tiene en el Perú valiosos representantes, de los cuales da cuenta este libro y nos hace palpar, más que el interés artístico, la sombría situación del suramericano auténtico ante el mundo. Por esa realidad nos resulta de mayor curiosidad los cuentos de los escritores más jóvenes presentados por Ba-

zán, tales como Fernando Romero, Ciro Alegría, Arturo Burga Freitas, Diez-Canseco. Fuera de éstos y unos más, encontramos los resabios de la cultura europea, y las características de ingenio de algunos muy conocidos, como en los cuentos de Héctor Velarde, Rosa Arciniega. Los clásicos peruanos como Ricardo Palma nos atraen como erudición más que como arte o significaciones.

Particularmente destacamos los cuentos: *La creciente*, *El abrazo de Romero*, porque nos muestran de tal manera el dominio de la naturaleza, que las fuerzas espirituales del hombre se ven sin relieve definitivo, en yuxtaposición de planos hasta que la materia adquiere más personalidad.

Esta selección, bastante aceptable y prestigiada por el autor, de quien destacamos su cuento *Ave de presa*, está embellecida, en su atrayente presentación, por una nueva portada de Mauricio Amster.

R. M.

"MAPU", por Mariano Latorre. — Editorial Orbe. Santiago, 1942.

Las tierras australes de Chile, con sus ríos, muros de cerros y pedazos de selva araucana que todavía no ha destruido el colono, constituyen el escenario de los últimos cuentos publicados por Mariano Latorre con el título de *Mapu*, nombre indio que designa el territorio de una tribu.

Alternan en el libro cuentos breves, magistrales cuadros de la actual colonización de la Araucanía, y fragmentos casi líricos que se refieren a la flora y fauna que decoran el "mapu".

La maestría indiscutible del autor en la descripción de paisajes encuentra su más acabada expresión en esta obra y es tal vez lo que constituye todo su valor.

En todas las páginas del libro palpita un entrañable cariño por la tierra, que se anuncia desde el principio con la cita de Flaubert que le sirve de epígrafe: "Hay tierras que uno desearía estrechar contra su corazón".

La colonización de las tierras araucanas continúa en la misma forma en que se iniciara y que el R. P. Housse ha resumido así en su *"Epopéya India"*: "durante treinta años fué en auge la infiltración blanca, primero lenta y disimulada, después cada vez más abierta y atrevida, hasta llegar a la injusticia, la violencia y el homicidio en muchos casos". En este ambiente se mueven los personajes de los cuentos. Capitalistas que explotan las maderas de la selva, colonos inescrupulosos que ensanchan sus posesiones a costa de las hijuelas indígenas; representantes de la autoridad, como ese característico Cabo Villagrán; todos unidos en la ambición de despojar al indio.

Contrasta el relieve de estos caracteres con la opacidad de la figura del araucano. Este aparece casi mudo, a través de los cuentos, absorto e impenetrable. Apenas ejecuta otra acción que rapacidades contra la propiedad ajena para resar-

cirse de las expoliaciones que sufre. Su mutismo es dramático, está quemado interiormente; recuerda esos troncos negros que se yerguen por todas partes de las tierras del Sur, y que fueran robles y raulíes, "arpas donde cantaba el viento de las primeras edades".

El indio es en estos cuentos sólo un elemento decorativo del paisaje. Es curioso el olvido o desprecio que hasta en la Literatura tenemos por él. Sólo lo han amado los extranjeros, desde Encilla hasta el padre Housse, cuyo valioso libro sobre los araucanos ha sido publicado y premiado en Francia, antes de conocerse en Chile.

Estos cuentos de Mariano Latorre, aunque no penetran en el indio, ni era propósito del autor hacerlo, nos acercan a él, dándonos una imagen realista de su mapu amenazado todavía por los blancos.

Forzoso es reconocer en ellos cierto estatismo de la acción, cierta falta de fantasía en los relatos, que los haría caer en la languidez, a no mediar el arte narrativo del autor y la sobria belleza de su estilo.

H. G. U.

LA MARCHA DE LOS CIEN, por Manuel Komroff. — Espasa-Calpe. Argentina, Buenos Aires, 1942.

Cien hombres quedan separados, en las contingencias de una batalla, del grueso de su ejército. Estos cien hombres empiezan una dura peregrinación, unidos solamente por la autoridad del capitán. Un sentido de disgregación los domina, hasta el punto que algunos piensan en eliminar a ese capitán que a duras penas les mantiene juntos. Pero va triunfando la disciplina del jefe, alimentada por una bondad hacia sus hombres, y la marcha de los cien continúa... Marcha lenta, llena de accidentes grandes y pequeños. Pero, ¿hacia dónde marchan? ¿En qué guerra han tomado partes estos soldados?... ¿Cuánto tiempo llevan andando en busca "del mar", de ese mar que es concreción de sus esperanzas?... No se sabe. En esta obra no hay una noción corriente del tiempo ni del espacio. El autor habrá querido aislar la acción de su historia, pero la ha aislado demasiado. Falta consistencia. No se diga que aquí está la grandeza de esta acción, pues lo que sucede, a la postre, es que hemos caminado con esta gente sin saber nada. Y esa esperanza final, esa "legada", ese mundo mejor, no son para Manuel Komroff ni más ni menos inconsistentes que suelen ser esos mundos mejores que han llenado los libros de Wells y las mulleras de innumerables soñadores adocenados.

Espasa-Calpe publica esta obra como "novela" y como "obra maestra". No nos parece ni una cosa ni otra. Si esto es la novela maestra de nuestros días, quiere decir que nuestros días andan flojillos en ese género.

J. M. S.

“LOS POEMAS DE EDGARD POE”. Traducción, prólogo y notas de Carlos Obligado. — Colección Austral. Espasa-Calpe Argentina, 1942.

El académico argentino, señor Obligado, publica con satisfacción no encubierta una traducción en verso de los poemas de Edgard Poe, en que generalmente sigue los metros y estrofas empleados por el gran poeta norteamericano.

A riesgo de aparecer con una afirmación aventurada e innecesaria, diremos que este distinguido traductor de Poe no habría hecho buenas migas con su traducido. No obstante, ello era esencial para una buena traducción. Había que avenirse primero con Poe. El propio Obligado nos habla en el Prólogo de cierto “parentesco espiritual” indispensable. Y lamentamos no encontrarlo en su obra. El señor Obligado es inteligente, leído, hábil en arte métrica, etc., en una palabra, todo un académico física y espiritualmente. Pero no basta eso para traducir a Poe. El no era académico, era un creador, lo que es muy distinto. Su proverbial amor a las reglas, a sus leyes poéticas; no puede confundirse con el academismo, con la imposición exterior y brutal de moldes hechos.

Sin querer negarle sus aciertos, la traducción de Obligado exaspera por su falta de modestia, por sus aires de independencia e innovación con respecto al original. Y tales cosas, en una traducción, están siempre muy cerca del mal gusto. No creemos verdadera la distinción de Obligado entre traducciones “feas fieles” y “bellas infieles”, pues aquí belleza y fidelidad se identifican. Precisamente por eso exigíamos un avenimiento previo con Poe.

El verso es inseparable de la poesía de Poe, como lo reconoció Mallarmé (“J’ai du le traduire en prose; et le vers était pourtant l’unique condition”). Pero en una traducción versificada se corre el riesgo de trasladar tan sólo la estructura anatómica del poema, haciéndole perder su forma, alterándolo y matándolo a veces. Obligado cree traducir a Poe cuando tiene el metro, la estrofa y una rima aceptable! Así, en “El Cuervo”:

“Ah, es fatal que lo remembre!

fué en un tétrico Diciembre;

la rima exigía el “remembre”. Pero nosotros vemos a Poe, reclamando su “remember”, su elástico, familiar y espontáneo “remember”, que nada tiene que ver con el pariente pobre castellano. Y en el soneto “A mi Madre”, el primer verso de Obligado es:

“Pues sé que allá en su Esfera de altísimos fulgores...”

cuando el de Poe era:

“Because I feel thah in the Heavens above”.

Ni “Esfera”, ni “altísimos fulgores” estuvieron en su mente..., por fortuna para el soneto!

Sin embargo, la fidelidad “métrica” de Obligado permite en “El Cuervo”, “Annabel Lee” y otros poemas, entrar en la atmósfera de Poe, en su cadencia melancólica; las repeticiones obsesionadas tan súyas, quedan mucho más verdaderas en verso, en una palabra, esta traducción acoge bellezas que la prosa no permitiría.

Por fin, como un milagro, surge a pedazos la poesía propia de Poe, su profunda intimidad lírica, su palabra adolescente, ingenua. Porque Poe, aristócrata airado y resentido, huyó siempre, en sus “Cuentos” y en sus “Poemas”, de la hostil indiferencia de su alrededor (en los primeros hacia zonas oscuras y vedadas, en los segundos a un maravilloso palacio de juguete, hecho de lágrimas y de una bruma tenue y niña). No sin motivo dedica uno de sus libros “a los que han puesto toda su fe en los sueños”. Furioso se refugiaba en su gran sueño, en su mundo de ensueño —mundo perfecto, regido por leyes vitales y eternas. Desde Boston a Baltimore, por sobre Baltimore y Boston, se había tendido una ciudad nueva y libre, la ciudad del sueño, la ciudad de Poe. En los Poemas, el “sueño” es una escapada hacia la niñez, hacia la virginal pureza del amor. A trozos coge Obligado esta belleza y cuando, en “a Helena”, por ejemplo, dice:

Te perdiste también. Sólo tus ojos
Permanecieron. No quisieron irse.

Y nunca más se fueron desde entonces...

nos reconcillamos con él y le agradecemos su obra.

F.

“LOS IRRESPONSABLES”, por Archibald Mac Leish. — Editorial Losada. Buenos Aires, 1942.

Libro de buenas intenciones, que refleja muy bien el estado intelectual medio de la América del Norte. Estado no tan simple ni tan despreciable culturalmente como se imagina el escritor medio de los países hispanos. Escrito en un lenguaje sobriamente poético, de buen gusto, analiza en sucesivos ensayos, una serie de problemas de orden económico, estético y social que influyen directa o indirectamente en el artista. Las soluciones propuestas en los artículos para cada uno de los tópicos tratados son atinadas y prácticas. Pero no demasiado “prácticas”, como para que se sospeche de un simplismo materialista o de una falta de tacto grosera y mercantil.

Nosotros, acostumbrados al mensaje de “Ariel”, tenemos cierta tendencia a desvalorizar los progresos de orden técnico, industrial o económico. Pero no es más que un temor a per-

der ciertos valores espirituales, un miedo a la seducción de la fuerza material, un instintivo y enfermizo odio hacia todo lo que signifique una energía organizada y práctica. Lo que refleja a su vez poca confianza en los valores culturales heredados de nuestro atavismo latino, poca confianza en la potencia creadora de esos valores, poca confianza en la realidad efectiva de esos recursos espirituales.

Lo que a mi juicio debe existir, es una aceptación natural, una armonía de valores, en que el genio latino se mezcle al genio anglo sajón y no tema perder su fortaleza ante los buenos propósitos de la materia y la forma norteamericana. No digo yo que pueda tolerarse en Sud-América una mentalidad de "Reader's Digest"; ni que se deba permitir un atropello en los valores eternos y esenciales de nuestra cultura; pero creo que ante manifestaciones de orden serio y ante explicaciones sinceras y conciliatorias el espíritu latino habrá dado un gran paso si apresura un entendimiento armónico y capital con la América del Norte, basado en el estudio de Mac Leish, John Dos Passos, Lewis, O'Neill y otros altos valores de arte y comprensión universal.

"Los Irresponsables", en este sentido, es un mensaje de fraterna explicación, de leal cooperación y de una riqueza lógica y universal hecha de una percepción vivaz de las inquietudes conjuntas de la época en este, nuestro común "Nuevo Mundo". Creo que ningún escritor latino americano, dará por perdidas irrefutablemente algunas horas en su lectura.

Z. B.

"GANIVET, EL HOMBRE Y LA OBRA", por Antonio Espina.
— Colección Austral. Espasa-Calpe Argentina. Buenos Aires, 1942.

Aquel granadino que, siendo cónsul de las Españas en las frías orillas bálticas (tan lejos de los cármenes y del grato murmullo de los bosques morunos), se quitó de enmedio lanzándose a heladas aguas nortañas, fué un hombre inclasificable, y su obra lo mismo. Han querido meterlo en la generación del 98, pero la sombra de Don Angel se resiste; tiene entre las manos un "Ideario Español" que no aguanta estar al lado de tanto pesimista. Se ha querido verle como precursor inmediato de la generación aludida; pero estaba demasiado cerca en el tiempo para ser precursor. Ganivet es un andaluz señero y despectivo, con barbas de Abderramán y mirada de califa, pero dentro de su pecho llevaba un corazón castellano, con esa castellanía que se corre desde el centro a toda España, quieran que no las regiones, para darles, sin desmedro de su propio tuétano, la esencia de lo español.

Ganivet ha crecido en los últimos años; como Vázquez de Mella, como Donoso, como unos cuantos más que habían sido cubiertos por la bazofia liberaloide. Ha crecido, y no como señal de reacción, sino de avance. Porque mientras no crezcan

señores como Orti y Lara y otros por el estilo, no se podrá hablar de retroceso. Ganivet era un español de esos que se dan con toda la fuerza de la raza. Su obra tiene relumbres imperecederos. También, por supuesto, asoma en sus escritos esa trágica melancolía fin de siglo, que apenas nadie pudo evitar. Melancolía productiva, hasta cierto punto, cuando se mezclaba con firmezas incontestables. Turbado por la inconsistencia de lo que le rodeaba, no tuvo fuerzas para resistir una turbación que llevó a un final lamentable. Compadezcamos a Ganivet, que fué un hombre contra su tiempo, pero que no pudo vencerlo del todo.

Ahora Antonio Espina, sagaz, recio, minucioso, nos traza una biografía crítica del extraordinario andaluz. Espina tiene una maestría biográfica acreditada por aquel "Luis Candelas" que fué, con "El Duque de Osuna" de Marchilar, la mejor biografía publicada en España durante tres o cuatro décadas. Ahora estudia con creciente interés y cariño una figura que, al principio, según lo confiesa, no tuvo para él sino muy escasa atracción. Y sale airoso del empeño, porque nos deja una obra en que se estudia el autor del Ideario con la profundidad que la rehabilitación de su nombre exige en nuestros días.

J. M. S.

"LA SAMARITANA", por Bernardo Cruz. — Editorial Difusión, Buenos Aires, 1942.

Es un libro hermoso y profundo. Hermoso, mas que en el sentido literario y estético, en su sentido íntimo. Su sabor literario y estético lo critica su propio autor en el prólogo y por lo tanto no necesitamos extendernos sobre ello; estilo y lenguaje son únicamente instrumentos apropiados, según el autor, a la mentalidad femenina de hoy día y sirven para dejar pasar a través de ellos la hermosa y profunda verdad de la doctrina de Cristo que nos revelan los Santos Evangelios. Es esto lo que constituye el valor de "La Samaritana". Es el contacto vivo del alma cristiana con Cristo a través del Libro Santo, con el Verbo encarnado, entre nosotros, a nuestro alcance, humanado, conocedor y amador de nuestra pobre naturaleza humana, ante quien ella no tiene secretos ni en sus anhelos y posibilidades de bien como en su depravación y tendencia al mal.

En la literatura religiosa de hoy día, esta forma de usar del Evangelio parece ser la más adecuada, ya que Dios mandó a su Hijo al mundo a buscar a la oveja perdida, al hombre de pecado, al enfermo del alma, como Jesús mismo lo declaró. Si en El hay hermosura, si sus palabra y parábolas, si su predicación toda está revestida de belleza, lo más bien es la belleza misma, es únicamente a consecuencia de ser El quien es. Pero no es la belleza ni la poesía el objeto de su acercamiento ante el hombre; es la inconmesurable misericordia de Dios que nos ama y nos busca en el pecado, en el mal, hasta el

término que nos señala S. Paulo de hacerse El mismo "como hombre de pecado". El contacto con Jesucristo renueva el alma, aun la más despreocupada, como a la mujer del pozo, le saca de sí, de su egocentrismo y la hace verse a la luz que despide el corazón de Cristo.

S. I. P.

"ANTOLOGIA", de Rafael Alberto Arrieta. — Colección Austral. Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1942.

De cinco libros de poesía, a más de algunas composiciones no incluídas en volumen anteriormente publicado, ha sido seleccionada esta antología. Lo más característico de la obra de Arrieta está contenido en estas páginas. No hay una trayectoria uniforme en ellas. Son saltos ágiles, vivaces, llenos de colorido. Transita el autor desde los breves bocetos y escorzos de paisaje, hasta las liras tiernas, serenatas de un tormento que se va suavizando en la serenidad.

Hay aquí una sencillez directa que atrae. Tal vez se propase a ratos esta sensación de poesía inmediata, quedando en menos la creación personal. Pero fluye un raudal claro y limpio de la obra del argentino. Entre tanta y tanta rebusca y artificio como vomitan las prensas de nuestro tiempo, en materia de poesía, este tono fresco, este sabor a tierra limpia y esta luz de tranquilo campo, son un agradable retorno a horas líricas que quizás abandonamos demasiado aprisa.

J. M. S.

"HISTORIA GENERAL DE LA FILOSOFIA", por Alfredo Fouillee. — Santiago de Chile. Editorial Zig-Zag, 1942.

Este primer volumen de la conocida obra de Alfredo Fouillee, abarca toda la filosofía de la antigüedad hasta los comienzos del cristianismo. El pensador francés llevó a cabo en su tiempo una obra recomendable por su objetividad y precisión. Desde entonces hasta hoy las investigaciones históricas, en especial el estudio minucioso de los filósofos griegos ha cambiado notablemente la interpretación de sus sistemas y ha hecho resaltar más puramente el hilo secreto que une los instantes fundamentales de todo gran pensamiento. Creemos que el juicio de Fouillee sobre Platón, Aristóteles y Plotino se hace demasiado esquemático y deja a veces la impresión de un encuadramiento demasiado artificial. Sería injusto, sin embargo, creer que este defecto anula el valor substancial de esta historia. El autor permanece fiel a las grandes líneas directivas de los pensadores griegos y las traduce en un lenguaje incomparablemente claro y denso. Constituye, pues, su obra, un guía inicial utilísimo para todo el que quiera coger los frutos máximos de la sabiduría helénica y apreciar debidamente el valor de esta época extraordinaria en el desarrollo de la filosofía. La traducción y presentación nada dejan que desear.

R. G.

Rogue Esteban Scarpa

EL TIEMPO

poema dramático

... Che sognando desidera sognare

Dante. Inferno. Canto xxx

PERSONAS:

S A U L

J O N A T A S

D A V I D

L A S O M B R A

E L C O R O

Cortinas negras encuadran el horizonte breve y solitario del espectador. La Sombra de oscura túnica, con el rostro cubierto por un paño, circulará en torno a las cortinas, confundiéndose con ellas, como emergiendo de ellas, con el único signo de unas manos pálidas y una voz — sabia y clara. El Coro, inmóvil, estará agrupado al margen izquierdo de la escena. El amarillo áureo — de un dorado de hoja o pájaro de otoño — de las túnicas del Coro es la única nota de color. Todos los agonistas llevan máscaras. Una luz lejana e irreal deja entrever los gestos.

VOZ DEL CORO * * * *Vais a ver, amigos, en un sueño,
el corazón del hombre, gimiendo por el tiempo.
El poeta, una tarde, conoció en la nostalgia
esa luz que recorre desesperadas venas,
esa flecha de sangre que traspasa los cuerpos
enmudeciendo el habla, deteniendo el sentido.
Reconoció el poeta su límite y angustia
en el tiempo común que sostiene su paso,
que permite al amor abrir sus densas flores
y, quemando las formas, eternizar su esencia.
Vais a ver, amigos, la presencia del tiempo
colmando con su ser los más mínimos gestos
madurando de pronto la congoja del hombre.
al mostrarle la muerte y su reino infinito.
Vais a ver, amigos, un corazón de sangre
llevado por fantasmas que en algún día fueron.
Sólo quedan sus nombres en esta tierra ciega,
sus cenizas las guardan sarcófagos del tiempo:
como tristes ahogados emergen del silencio
hasta la piel oscura del hombre desolado,
y reviven su angustia de azucenas quebradas
con palabras de hoy, en cada instante nuestro.
Vais a oír, amigos, la antigüedad eterna:
la angustia del hombre no ha cesado en el tiempo.
Vais a oír, amigos, vais a oír al tiempo.*

Con las últimas palabras aparece, cercano al Coro, Saúl. La máscara del rostro revela la tortura del que no conoce el sueño, del que contempla la realidad escueta y dura. Una túnica gris cuelga de sus hombros.

SAUL. * * * (Lentamente.)

Aun oigo en mis oídos la palabras.

LA SOMBRA. * * * (Haciéndose presente en un temblor de las cortinas y en las manos que parecen luciérnagas turbias.)

Oís, aun oye a su pasado, aun vuelve el rostro a lo que muere . . .

SAUL. * * * (Con voz desolada.)

¡Ay! Las palabras . . . ¿Por qué no cesarán las palabras? Si callaran las palabras, se haría el silencio y nada pasaría. En el silencio, podría soñar, creando de nuevo el mundo. Pero las palabras vuelven, y azotan a mi rostro como alas (in crescendo), miles de alas que el propio silencio nombra, y del silencio nacen trayendo picos corvos y hieren los oídos y vacian los ojos que no ven sino las terribles palabras. Y todo muere: mueren las palabras, y el silencio muere, y vuelven las palabras, y todo muere: Y yo no muero que soy mi propio pasado, fijo y eterno.

(Se detiene, con sus manos crispadas sobre la túnica, preso de turbadora agitación.)

¿Cuándo engendré un futuro que no era yo? ¿Cuándo destruí mi reino y lo poblé de pájaros voraces? Hace un instante, aun era el mancebo sin bozo que apacienta los ganados; ayer apenas, Samuel ungió mis hombros y mi frente con el misterioso óleo de los escogidos; hará un soplo, conduje los escuadrones a la victoria, embriagado de sangre y de fuego de jóvenes venas; ayer, la corona y su dulce peso.

(Se detiene, hechizado por el recuerdo, como si deseara revivir con su pensamiento el pasado inmediato.)

LA SOMBRA. * * * (Vagando entre las cortinas.)

Sólo yo puedo saber el orden en el tiempo.

EL CORO. * * * (Sentencioso.)

Ayer no es ayer, es el sueño donde se confunden las cosas derrotadas. Ayer es lo que acrecienta el infinito.

VOZ DEL CORO. * * * (Líricamente.)

¿Dónde están, Saúl, aquellas ardientes venas y la suave opresión de las coronas? ¿Dónde la miel y el primer beso? Junto a la columna de fuego en el desierto, Saúl; junto a la primera guerra de los ángeles, y el sudor del hombre Adán, y el primer rocío en las flores de la tierra. Tu primer abrazo, y la noche en que engendraste a Jonatás, tu hijo, y Samuel, oculto en la muerte, son tan antiguos como el último aliento de tu boca: el que acabas de dar.

EL CORO. * * * *Te has detenido en un sueño, y las últimas figuras de ese sueño, inmóviles como cadáveres de enemigos degollados, te persiguen con su hedor. Perdona y desaparece, que contigo se olvidará tu tiempo y tu muerte.*

LA SOMBRA. * * * *No puede perdonar, no puede aceptar su muerte ahora. Lo sé. Es el pasado que no logra entender el porvenir. Si le fuera permitido hacerlo, sobreviviría . . . mas, está enclavado por un círculo de fuego.*

SAUL. * * * (Con desencanto.)

Ayer y hoy: nada les separa. Ni el filo de una noche siquiera. Y sin embargo siento que no puedo tocar el ayer, aunque está como una copa al borde de mi mano, y el hoy me es esquivo. Soy una piedra que al tiempo contiene y al tiempo sufre: como una lanza, creada para herir, que, detenida por un cuerpo en su vuelo, siente nostalgia de una nueva herida. ¿Cómo me salvaré? ¿Cómo llorar, olvidando las malditas palabras que me niegan mi futuro? (Pausa. Con esperanza.) ¡Oh, vuelve tú, juventud mía, a embriagarme con tu poder inmenso! Vuelve con los temibles leones que desjarreté luchando; vuelve con Cis, mi padre, y su temor; vuelve con las doncellas que encontraba junto a las fuentes al atardecer. ¡Vuelve, juventud, y apártame de mí mismo, aléjame de mi no ser!

(Sus manos se extienden, instintivamente, hacia la Sombra.)

EL CORO. * * * *¡Oh Sombra, oh Destino! oye su tristeza, devuélvele la imagen de su juventud... que repose su cansado rostro sobre la esperanza.*

LA SOMBRA. * * * *Negado está a los mortales, descansar realmente sobre su pasado, que es almchada de nieblas. Ni yo podría alterar el dolor que convierte a un cuerpo en un hombre. Sería deshacerle en la nada.*

EL CORO. * * * *Sabemos que el hombre siempre ignora su propia conveniencia, pero su llanto nos conmueve.*

LA SOMBRA. * * * *El llanto aún no ablanda la dureza del destino. Este llanto, no siendo oído, apresurará las edades, y será posible la esperanza.*

EL CORO. * * * *La esperanza se construye sobre el dolor de los hombres.*

SAUL. * * * (Dejando caer sus brazos.)
El dolor de los hombres no seduce a la esperanza.

LA SOMBRA. * * * (Dramático.)
¡Oh ceguera del hombre que conduce sus pasos!

SAUL. * * * (Desde el fondo de su ser, como en un lamento.)
Sin esperanzas a ti te llamo, a ti, que me escogiste, haciéndome sobresalir un codo sobre los demás hombres, arrojándome un manto real que no pedí; a ti, que me conturbas con el peso grato, pero doloroso, de una predilección que no entiendo; que levantas henchida como una trenzada espiga mi cabeza, y me haces sentir luego; tu hoz que canta mi muerte en nombre de David.

Cuando Saúl pronuncia el nombre de David, aparece por el extremo derecho Jonatás. Trae una máscara serena, casi inexpresiva, que contrasta con la levedad de sus gestos. Viene vestido de manera ligeramente estilizada.

JONATÁS. * * * *¿Me has llamado, padre?*

SAUL. * * * (Airado y confuso.)
*¿Acaso tú eres el Innominado?
¿Acaso tu nombre es David?*

JONATAS. * * * (Suavemente.)

Mi nombre es Jonatás, pero sentí cuando le nombrabas que también podía llamarme David, que en algún momento me llamaré David.

SAUL. * * * (Con encono.)

David es la palabra execrable que me arrojan como un puñado de arena, para cegarme, las sombras.

JONATAS. * * * *Siento ese nombre como la clara voz de la esperanza, como si en él estribara mi propia razón y mi destino. Padre Saúl, ¿por qué las sombras me lo muestran como un alba?*

SAUL. * * * (Dolientemente.)

Mañana que no verás, noche para tus ojos, reino perdido.

JONATAS. * * * (Con fervor.)

Amor, y luz interna, amigo para siempre.

SAUL. * * * (Recordando.)

Yo fui David . . . ¿Por qué no me amas en aquello que fui? Tuve la luz de la juventud sobre mis hombros, y aún resplandece en el oro de mi corona . . . Fui David . . . ¿No me crees?

JONATAS. * * * (Con ligera rudeza.)

Sólo el amor puede amar lo presente, o amar el pasado cuando le fué presente una vez . . . pero, en ti lo ignoro. Veo tu cabeza nevada, el rigor de tus ojos, los dedos que han olvidado el tibio

paso de caricias, y ya son como garras de águila . . . No puedo amar lo inerte. No puedo creer que hayas sido.

SAUL. * * * *Y yo te engendré en el amor de una noche, para que me negaras . . . para que vuelvas la cabeza y adores a mi enemigo . . . tú, hijo de mi sangre . . . mejor. hijo de escorpiones.*

JONATAS. * * * (Como advirtiéndole.)

El presente no puede amar sino lo que le miente el futuro, no lo que le desengaña el pasado. Quiero ser fiel a mí mismo, ser lo que tú —en otro tiempo— fuiste:

SAUL. * * * (Recordando.)

Yo fui David . . . ¿Cómo pude olvidarlo? ¿Cómo odio lo que fui en lo que es y ya no podré ser? ¡Mi vida cuánto olvido es! . . . Quizá sea yo sólo la forma de mi olvido . . .

JONATAS. * * * *Siento que me has arrojado de ti, en el placer, como tu mejor parte: y en ella, el temblor de amar y el deseo infinito.*

SAUL. * * * *Y yo he quedado seco, como el árbol de Suf.*

JONATAS. * * * (Avanzando hacia él: con delicadeza.)

Perdona, padre, que no ame la esterilidad, que mi juventud sea capaz de amar a tu enemigo.

SAUL. * * * (Vencido.)

Ten compasión de mí, que me pienso como alguien que entra a una habitación vacía.

donde esperaba encontrar al amigo, o el enemigo, la vida o la muerte . . . , pero, a nadie halla . . . , ni siquiera se encuentra a sí mismo en la habitación donde ha entrado . . . Así es mi terror, mi pena, mi desencanto . . . Sólo sé que existo, porque hay una voz que me repite mi derrota y clava alfileres de angustia en mis manos. (Reaccionando.) Pero *nó*, déjame solo: que se cumpla en mí el dolor. Tú eres el hijo de mi debilidad, como todos los hijos. No quiero tu compasión, ni que muevas la cabeza mirando mi cansancio . . . Mira cómo cae un hombre sobre la tierra (se arrodilla cansadamente en el suelo) cuando en la soledad, como en un otoño, ha caído con las hojas su máscara y su esperanza, cuando no le resta sino su pérdida, si este dolor no tiene respuesta . . . (La Sombra emerge de las cortinas y cubre con su cuerpo a Saúl, que ya no se verá: sólo se oye su voz lejana y triste.) . . . porque todo dolor es una pregunta que inquiere dónde está el amor . . .

JONATAS. * * * Padre, me has conmovido . . .
¿Dónde estás? ¿Dónde estás?

(Le busca, y sólo encuentra la soledad en torno. Jonatás queda inmóvil —próximo a la Sombra— y en actitud de ávida espera.)

LA SOMBRA. * * * Todos preguntan dónde está lo que despreciaron, porque el instante llega en que esa voz suena como la propia voz. Todos los mortales tienen dentro del corazón a un desterrado, al hombre del desprecio . . .

EL CORO. * * * Al no encontrar el pasado, tornará, oh Destino, su curiosidad hacia el futuro: Querrá ver tu rostro, y perecerá. ¡Mira su juventud alocada y triste, y perdona que quiera resolver el enigma!

LA SOMBRA. * * * *¿Cómo detener la vida? Inmovilizar el aire-fénix, dejar eternamente verdes las pomas, posarse la música en los silencios, y quemar corazones en el odio, porque él no perezca?*

EL CORO. * * * *¿No vale un alma más que la música de las estrellas?*

LA SOMBRA. * * * *Un cuerpo también vale más con su luz que las abiertas soledades.*

EL CORO. * * * (Ansioso.)

Entonces, ¿le perdonas?

LA SOMBRA. * * * *No entiendo tu lenguaje. Perdonar significa para mí, atar lo libre, cerrar la eternidad.*

EL CORO. * * * *¿No vale un alma tanto como la eternidad?*

LA SOMBRA. * * * *Un alma es un infinito donde cesa el significado de las palabras...*

EL CORO. * * * *¿Quién te ha dado tal poder? ¿Quién te ha dado la ciega sabiduría?*

LA SOMBRA. * * * *Soy sólo la sombra que precede a quien vendrá.*

EL CORO. * * * *Alguien ha de venir... ¿Quién vendrá? ¿Le alcanzará Jonatás a ver?*

LA SOMBRA. * * * *El mismo es quien pregunta por él, quien le espera, quien vendrá, y no logrará verse si el otro no viene, el que vendrá.*

EL CORO. * * * No logro entenderte . . . ¿Lo verá Saúl?

LA SOMBRA. * * * Es él quien le llama, y él es quien vendrá, y no logrará verse si el otro no le llama ni viene.

EL CORO. * * * Oscuro es tu símbolo, oh destino de cubierto rostro.

LA SOMBRA. * * * Nadie podría resistir la terrible dulzura de su propia faz, esa infancia que reaparece débil y hermosa cual la noche, si él no viene, aquél que vendrá.

EL CORO. * * * ¿Acaso son tres, o es uno el del claro rostro?

LA SOMBRA. * * * Yo, a quien tú llamas la ciega sabiduría, ignoro esas sumas de la tierra: ¿no puede ser el todo, uno? Saúl es David, y Jonatás es David, y David es él mismo, y es todo uno, distinto a cada uno.

EL CORO. * * * Esas palabras ya las hemos oído, pero somos mortales que olvidamos las palabras, lentamente, en el tiempo.

LA SOMBRA. * * * Es el tiempo quien los contiene, porque les guarda, aunque trascienden el tiempo. Son la luz que se trasmite por la sombra, y amor que se hace carne fugaz, y, encarnado, torna a buscar fuera de sí, la eternidad en el amor. Les duele el tiempo que vendrá, porque serán sin estar, persiguiéndose sin encontrarse, porque cuando se miran, mueren. Y son la continuidad y el infinito: aquello que renace de la sustancia de vues-

tra propia alma. Mas dejemos las palabras, que el presente pregunta por su muerte . . .

Jonatás ha vuelto a renacer. Una luz, lenta y dorada —tan fina que parece pasada por un tamiz—, comienza a envolver el lugar por donde aparecerá David.

JONATAS. * * * (Angustiado, con el mismo tono de voz de sus últimas palabras.)

¿Dónde estás? ¿Dónde estás?

Aparece David: trae una túnica albiísima; el cabello largo y rizado, del color de la luz. Su máscara es suave y bella. Su voz, segura y compasiva. La luz, leve y áurea, se concentra en su figura, dejando en sombras el resto de la escena.

DAVID. * * * *¿Quién con tal angustia me llama? ¿Eres tú, amigo? ¿Sólo tú puedes pedir mi presencia, sólo tú puedes verme!*

JONATAS. * * * (Dirigiéndose, instintivamente hacia la luz.)

¿Eres tú, Saúl? Mis ojos están como ciegos entre la luz . . .

DAVID. * * * *Sí, soy Saúl, aunque mi nombre no sea ése . . .*

JONATAS. * * * (Con dulzura.)

Ya lo sé . . . Tus brazos son jóvenes como la luz, y se pierden en ella . . . Eres David . . .

DAVID. * * * *Y nacen de los tuyos, y soy para los tuyos, la alegría y la desolación: quizá una niebla apesada a la tierra que quema cuando toca; o un rayo de sol, demasiado ardiente para tu cuerpo ya en sombra.*

JONATAS. * * * *Niebla y fuego, eres mi esperanza.*

DAVID: * * * *Amigo mío, ¿no sabes que soy el perseguidor y la muerte?*

JONATAS. * * * *(Arrodillándose hacia la luz, y fuera de ella.)*

Aun en la muerte que me traigas, tú eres la vida . . . Puedo perderme en ti, pero he vivido . . . Quien conoce tu amor, sobrevive . . . ¿No me preguntas por qué, yo, hijo de rey, me inclino ante ti?

DAVID. * * * *(Con inocencia.)*

Yo soy la ignorancia y todo se me ha dado como algo que conduzco en mi esencia, misteriosamente; algo que se ha depositado en mi alma y debe madurar. Aun ignoro qué perderé cuando madure.

JONATAS. * * * *(Mirándole.)*

A mí me perderás.

DAVID. * * * *(Acercándose a él, y alzándole. Le toma de las manos, y la luz corona ambas figuras.)*

Jamás te apartarás de mi corazón: Jonatás, amigo mío. Serás como un vino en mis venas. Tú me darás la conciencia de todos los recuerdos: serás la armonía de cada nuevo sonido, la tibieza de cada nuevo abrazo, la sustancia de mi misma alma. Sólo en tu presencia nazco, porque me creas. Soy un futuro triste que te aguarda, mirándote: como tú seas, así seré. En ti está la vida y la gloria de mi esperanza. Tú eres mi

anillo de desposado en el dedo, tú la soledad vencida. Jonatás, amigo, no me preguntes por qué tú, hijo de reyes, te inclinas ante mí . . . Me amas, y yo soy tu eternidad . . .

JONATAS. * * * (Apenado.)

Estaré en ti, pero moriré . . .

DAVID. * * * *Lo dices con terrible pena que me detiene. Si tú no lo quieres, no seré . . .*

(Dejando las manos de Jonatás libres. Vuelve a quedar ensombrecida la figura del hijo de Saúl.)

JONATAS. * * * (Con fe.)

Nadie puede ahora destruirte. Eres sólo el fantasma de mi corazón . . . y mi corazón vive por ti, por lo que tú le darás como sentido.

DAVID. * * * *¿Y si pudieras negarme?*

JONATAS. * * * *Perdona que mi débil ser haya dudado . . . Jamás te negaría . . . eres el abismo que me atrae . . . Dame tus brazos, que quiero morir prontamente . . . Niégame, que te quiero . . .*

DAVID. * * * *Espera . . .*

JONATAS. * * * *Ya no puedo esperar. Mis pasos me acercan vorazmente hacia ti.*

DAVID. * * * *Quisiera no querer y poder impedirlo.*

LA SOMBRA. * * * (Sentenciosamente a David.)

Nada puedes hacer, sino lo inevitable.

EL CORO. * * * (Con dolor.)

Desdichado joven, el amor le destruye . . . Nada puede hacer, sino lo inevitable . . .

DAVID. * * * (Atrayéndole hacia la luz.)

Amor mío, quiero tenerte en mí como recuerdo . . .

JONATAS. * * * (Abrazándole. Con voz debilísima.)

Te aguardo en lo idéntico e infinito.

David, de espaldas al Coro, abraza a Jonatás, cuyas manos —como hojas secas— irán cayendo lentamente por la túnica alba, hasta perderse para el ojo del espectador. Cuando David se vuelve, muestra con las manos la forma del abrazo, como si Jonatás se hubiera disuelto entre ellas. La luz irá decreciendo hasta hacerse casi invisible.

LA SOMBRA. * * * (Dirigiéndose a Saúl, a quien una luz opaca irá revelando en la oscuridad.)

Sólo el pasado queda, inexhausto y terco. Saúl, ¿por qué descansas sobre la dura tierra?

SAUL. * * * (Incorporándose como de un sueño agotador.)

Oigo todavía las terribles palabras . . . En lo oscuro las dicen los cometas . . .

EL CORO. * * * *Sombra implacable, ¿por qué le has despertado, renovando su dolor? . . . Siento en tus pisadas el rumor de una nueva muerte, y veo en tus manos guantes de sangre . . .*

LA SOMBRA. * * * *¿Quién apagará la muerte? La muerte es una llama que consume todo, que ni al tiempo perdona . . .*

SAUL. * * * *He oído una dulce palabra . . . por fin una tierna palabra . . . ¿Quién ha dicho vida?*

EL CORO. * * * *Nadie ha dicho vida: sólo se ha hablado de la muerte . . .*

LA SOMBRA. * * * *Callaos, necios, que no sabéis el reverso de las cosas . . . (A Saúl.) Yo he dicho aquella palabra . . .*

SAUL. * * * *(Volviéndose hacia la Sombra.)*

¿Quién eres tú? ¿Por qué tienes como la noche, el rostro cubierto de tinieblas?

LA SOMBRA. * * * *Yo soy el destino. ¿Quién podrá verme la faz? Quien contempla mi rostro, lo perderá todo.*

SAUL. * * * *(Con angustia.)*

¿Perder? ¿Quién aprenderá jamás a perder? Aceptar que algo huya de nosotros con su gracia, su luz y su vida, sin rebajarlo para soportar su pérdida . . . ¡Jamás! . . . ¿Quién nos devolvería lo perdido?

LA SOMBRA. * * * *La muerte . . . La muerte, que tiene a Jonatás, tu hijo . . .*

SAUL. * * * *(Mirando en torno suyo la soledad ya casi de tinieblas.)*

Jonatás, hijo mío . . . ¿Quién te ha conducido, ligero y alado, hasta la sombra? . . . ¿Quién

te quitó el aire de tu pecho y el calor de las venas . . . Siento que el llanto acude a mis ojos, pero mis ojos ya no saben llorar, mis ojos están muertos . . . Presente mío y esperanza, Jonatás, ¿por qué te has muerto? . . . ¿Por qué, tiempo, me has hurtado en un sueño hasta mi propio ser? (A la Sombra.) ¡Tú le tienes! . . . ¿Dónde está?

LA SOMBRA. * * * Más allá de este día . . .

SAUL. * * * Ten compasión de mí . . . Muéstralo a un padre herido . . .

LA SOMBRA. * * * (Inquisitiva.)
¿Quieres saber qué hay más allá de este día? ¿Quieres encontrarle, muriendo hoy tu muerte para siempre?

DAVID. * * * (Con fuerza.)

Quiero.

LA SOMBRA. * * * ¡Qué triste palabra es en la boca humana: quiero!

SAUL. * * * La muerte . . . ¿Temer la muerte? La muerte no es sino quitarse el tiempo como una máscara . . .

LA SOMBRA. * * * (Acercándose.)

Si estás preparado, mírame, y le encontrarás.

(Se quita el manto, descubriendo el rostro: no tiene rasgos, es liso e incoloro, como la superficie de un huevo.)

SAUL. * * * (Con angustia.)

¡Ay! Nada veo . . . Corazón de hombre mortal; ¿por qué has mirado? . . . (Busca como ciego entre las cortinas, y se pierde en ellas, gritando.) *Jonatás, hijo mío . . . Jonatás . . .*

EL CORO. * * * (Conmovido y duro.)

Era el escogido, y le has engañado, malvada sombra . . .

LA SOMBRA. * * * (Con desprecio.)

¿Qué sabéis vosotros del lenguaje de los hombres, cuando han visto el rostro de la muerte?

Toda la escena está en sombra, salvo el pequeño y débil círculo de luz que rodea la figura de David: lumbré que irá disminuyendo hasta que las últimas palabras, salen ya de la tiniebla.

DAVID. * * * (Despertando. Su voz oscila entre el cansancio y la angustia, mientras la luz se hace sombra.)

Estoy solo . . . estoy solo . . . Siento como si el mundo gravitara sobre mis ojos . . . Estoy cansado . . . estoy solo . . . Jonatás, amigo mío, ¿dónde alientas? . . . ¿Por qué me abandonas a mí, a Saúl, tu padre? . . . Jonatás, hijo mío, ¿por quién suspiras? . . .

Viña del Mar, Agosto de 1942.

EN EL MANEJO DE NEGOCIOS O EN LA ADMINISTRACION DE BIENES SIGNIFICA UN APORTE VALIOSO SERVIRSE DE UNA EXPERIMENTADA Y EFICIENTE ORGANIZACION

NOS ENCARGAMOS PRINCIPALMENTE DE:

Cumplir órdenes de compra-venta de valores mobiliarios.

Atender al registro de accionistas de sociedades anónimas.

Pagar dividendos sobre acciones o debentures.

Tramitar la compra o venta de bienes inmuebles y efectuar remates de propiedades.

Urbanizar y lotear terrenos.

Controlar o dirigir la formación de sectores urbanos o barrios residenciales.

Atender a los señores **CORREDORES DE PROPIEDADES** en nuestro carácter de liquidadores de negocios de compra y venta ya formalizados, para los efectos de servir de depositarios del precio de compra y destinarlo a la cancelación de los gravámenes del inmueble.

Servir de depositarios en la formación de comunidades que tengan por objeto la construcción de edificios para venta de pisos y departamentos.

Administrar edificios de departamentos y en general propiedades de renta.

Administrar los inmuebles a que se refiere la Ley 6071 que dispone que los pisos o departamentos de un edificio pueden pertenecer a distintos propietarios.

Fiscalizar el cobro o la inversión de rentas de arrendamiento de propiedades, cuya administración está confiada a tercera persona.

Tramitar conversiones de deudas hipotecarias y otras operaciones de la misma índole.

Atender solicitudes de préstamos a largo plazo, en bonos, sobre predios urbanos o agrícolas, como representantes del Banco Hipotecario-Valparaíso.

Desempeñar los cargos de albacea con o sin tenencia de bienes, depositario o secuestre, liquidador de sociedades civiles anónimas y comerciales o de cualquiera clase de negocios. Síndico o delegado de síndico en juicios de quiebra. Guardador testamentario general, conjunto, curador adjunto, curador especial y curador de bienes.

De acuerdo con disposiciones especiales de la Ley, podemos administrar los bienes que se hayan donado o dejado a título de herencia o legado a capaces o incapaces, pudiendo sujetarse a esta forma de administración los bienes que constituyen la legítima rigurosa durante la incapacidad del legitimario.

Disponemos permanentemente para la venta, de sitios en los mejores sectores residenciales de Santiago.

SOLICITE INFORMACIONES Y FOLLETOS EXPLICATIVOS

DEPARTAMENTO DE COMISIONES DE

Banco de Chile

CONFIANZA

Segundo Piso

Imprenta "EL ESFUERZO"
Eyzaguirre 1116

Precio: \$ 5.00

